

# EL NEO-PROCESO<sup>1</sup>

Benjamín Galemiri

Basada en la frenética aunque cómica novela de Franz Kafka, *El proceso*.  
 Inspirada en la cubista aunque muy sexy película de Orson Welles, del mismo título.

EN EL PERENTORIO HOTEL HOLIDAY INN TRES ESTRELLAS DE LA POR SIEMPRE CULPOSA CALLE ALAMEDA ESQUINA VICUÑA MACKENNA DEL EXCÉPTICO SANTIAGO DE CHILE, LA IMPREVISTA SILUETA –HABITUALMENTE RECORTADA– DEL FUNCIONARIO DEL BANCO SANTANDER SANTIAGO SUCURSAL MIRAFLORES, JOSEF K, ES DESCUBIERTA POR UN VANIDOSO FALSO TRAVELLING LATERAL, MIENTRAS RETOZA TORPEMENTE EN LA EXTRAVAGANTE Y DESNIVELADA PISCINA DEL HOTEL.

## ESCENA 1. INTERIOR HOTEL. DÍA.

Estoy aparatosamente estirado en una silla de playa del insufrible Hotel Holiday Inn de Alameda esquina Vicuña Mackenna, escuchando las conversaciones de los huéspedes alemanes y franceses vistos en planos habitualmente fijos, como en aquel memorable aunque oblicuo filme del masoquista Orson Welles, **El proceso**.

Me hago el desentendido para mostrar toda la fuerza de mi patético carácter.

Espío discursos inocuos, verdaderos panfletos contra la condición humana, jubilados desilusionados de todo, o jóvenes secos y nerviosos en los que adivino un horrible caos interior. Me implico demasiado. Pongo mis ojos en la presunta aunque temeraria belleza del cielo chileno, finjo ser un melancólico seductor frente a esas

bellezas en sicolédicos bikinis blancos, poso de espiritual y de bíblico y también, ¿por qué no?, de mapuche... Alcanzo a percibir, al fondo, un seno al descubierto en la penumbra, gestos austeros pero inspiradores, observo con ese modo disectador y presiento algo en mí como el inicio de las rupturas más crueles y más excitantes de mi vida. Mientras, en mi iPod último modelo, una música genialmente impasible de la desmesurada Chan Marshall del inaudito grupo The Cat Power me habla al corazón de una manera sutil, preciosista, manierista, con aquella voz de la líder eufórica, bella como la desesperación.

Me divierto mucho desnudando las máscaras de la vanidad de todos esos turistas que esconden un deseo de venganza contra su propia vida, el mismo sentimiento que logra envenenar mis días a veces, como la sombra de la belleza en estado salvaje, parecido a la muerte. Lo registro todo en panorámicas suavemente majestuosas y al mismo tiempo crueles, como el proceder inmoral de Orson Welles, siempre determinado a ir hasta el colmo del sufrimiento para descubrir alguna verdad, la que sea, aunque fuese alguna mentira en todo este juego sádico llamado la vida o las chispas de la luz. Mi entretención le da a este torbellino una humanidad trágica, singular, estoy disfrutando de un horrible baño de sol y al mismo tiempo deseando morir.

En mi vida todo había llegado siempre solo hasta allí, con esa violencia de las cosas recubiertas con dulzura falsa, pero todo iba a cambiar, justo ahora, cuando veo

1. Edición: María de la Luz Hurtado.

aproximarse a un tipo bastante siniestro –aunque decididamente más parecido a Groucho que a Harpo Marx– con expresión criminal y un revólver Luger, de fabricación nazi con mango de madera del bosque de Valdivia, acercándose hacia mí en un tenebroso aunque excitante juego de contraplanos más parecido al filme **Mister Arkadin** del santón Welles que a **Sed de mal**.

Seguramente alguno de mis demasiado envidiosos y muy cretinos colegas del banco donde trabajo desde hace quince años debieron haberme calumniado más de la cuenta, ya que sin haber hecho o dicho nada, como dijo el malintencionado narrador, estando yo retozando bajo los rayos del sol al borde de la piscina del hotel donde todos los años gozaba del Premio Mejor Funcionario del Banco Santander Santiago –merecido mes de descanso en reconocimiento a mi entrega constante– un hombre bastante siniestro aunque no por eso menos tímido, irrumpió frente a mí y me encañonó.

La sirvienta, una de nombre Ana, seguramente de Puyehue, pulposa funcionaria histórica del Hotel Holiday Inn, todas las mañanas hacía una envidiable excepción, según religiosas instrucciones de la Jefa de Mucamas señora Grübach, llevándome el desayuno al borde de la piscina.

Esta vez no vino. Algo que en mis reiteradas estadías en este hotel no había sucedido jamás. Durante un rato largo, me hice el desentendido, y continué bronceándome como un patán bajo esos rayos ignominiosos, pero este singular sujeto me encañonaba insistentemente.

Tomé mi celular Sony Ericsson y llamé a la administración. Acto seguido llegó un tipo aun más siniestro aunque manifiestamente hipertenso que osó taparme el sol.

*¿Quién es usted?*, le pregunté, comenzando a molestarme un poco.

*¿Ha llamado el caballero?*, replicó con ese repugnante estilo elíptico tan en boga hoy en día... a lo que yo le respondí un poco agresivo:

*Ana debería haberme traído el desayuno.*

El tipo siniestro se conectó a su celular y murmuró:

*Quiere que Ana le traiga su desayuno.*

Alcancé a oír unas breves carcajadas por el parlante del celular como única respuesta que verdaderamente ya me hartaron y me dispuse a largarme de allí, pero el otro

hombre siniestro me detuvo en seco y me dijo en forma parsimoniosa.

*¿No prefiere quedarse allí?*

*No quiero quedarme aquí y tampoco deseo que me dirija la palabra hasta que se haya presentado*, le dije acalorado.

*Lo hice con buena intención*, masculló un poco indolente.

Mientras se paseaba por el borde la piscina, yo me levanté y lo seguí.

*Debería quedarse en su silla. ¿No se lo había dicho Franz, mi compañero?*

*¿Qué quiere usted?*, me preguntó, hartado.

*Quiero que venga la sirvienta del hotel y me traiga mi desayuno*, dije mientras se acercaba el más joven de los dos tipos siniestros aunque bastante cómicos que se cuadró con la tonta pompa militar y en forma muy aparatosa al primero.

Me acerqué a los dos sujetos, uno de ellos me arrebató el inapreciable **El proceso** de Kafka del que estaba leyendo plácidamente, lo lanzó a la piscina y me dijo rotundo:

*No. Usted no puede marcharse, está arrestado.*

Siguió impávido, mientras veía con desagrado profundo cómo el volumen nuevo de Kafka de Surkhamp Ediciones recién comprado en Berlín a un precio ridículo flotaba y luego se hundía como el Titanic en la piscina.

*Así parece*, les dije, recién comenzando a comprender la situación.

Olí la lluvia, la escarcha que de pronto invadió el lugar, me sentía solo, no, no tanto, ¿por qué me estaba pasando esto?, ¿qué significaban esas preguntas huecas? La verdad que no eran tan complicadas como preguntas, quizá ligeramente sarcásticas, lo que me placía con ese masoquismo hereditario tan mío. Ellos querían que yo hablara, ¿pero de qué les iba a hablar? No tenía nada de qué hablarles.

*Por favor, déjenme tranquilo*, ensayé a solas esa especie de bramido animal final.

*¿La respuesta no le satisface?* Me ahogué en este soliloquio estúpido, inconducente, de poco valor.

Sí, estaba solo, como nunca había estado en toda mi vida.

Tenía miedo de no volver a ver a mi madre, que me enseñó alemán y me hizo leer **El proceso** siendo niño, tenía terror de no volver a ver a mi hijo de cinco años, a quien, si quiero ser honesto, maltrataba con mi desdén psicológico presuntamente progresista, tenía pánico de nunca haber tenido la ocasión de abrazar a mi horrible aunque tan adorado padre, el dueño del banco donde trabajaba como una especie de principito hijito del dueño, pero justamente esa posición me arruinaba la moral y me desbastaba a un nivel que mi conciencia no lograba nunca la paz y me derrumbaba anímicamente.

Tenía temor de no ser *alguien en el mundo*, al decir heideggeriano, ni siquiera de estar *a la mano*, de no aprehender nunca el sentido de la pregunta esencial por el ser, ni mi judaísmo me estaba salvando por parte de mi padre, ni mi cristianismo por parte de mi madre, últimamente leía a escondidas de mi abuelo la Kabbalah y había encontrado una manera de saciar ese dolorcillo de las entrañas. Si al menos pudiera concentrarme en los mil nombres del Señor y adivinar cual era el verdadero y no temer a la muerte, que me seguía casi como Romy Schneider, ya saben, la protagonista de **El proceso** de Orson Welles, en algún momento les contaré que en los ochenta, antes de entrar al banco, trabajé en el Errol's que fue la primera cadena de videos-clubes en Santiago, y luego fue absorbida por Blockbuster y después tuve un paso fugitivo aunque intenso en el Video Manquehue, y aprendí cine especialmente recibiendo la visita del profesor Galemiri y del inaudito maestro José Román.

Una vez Galemiri vino y me obligó a hacer un orden nuevo en la vitrina estructurando según él cómo debía ser la forma de mostrar verdaderamente la historia del cine desde el punto de vista del autor. Galemiri era un seguidor de la teoría de la política de los autores, mientras que el gran crítico y guionista José Román era un seguidor de las obras, antes que de los autores.

Para Galemiri el autor era independiente a sus obras, o sea había que amar todo lo de Welles, lo malo y lo bueno, todo lo de Woody Allen, todo lo de Godard, todo lo de Ruiz, en cambio José Román anteponía las obras a la veneración de los autores.

Pero aprendí mucho de José Román y no tanto de Galemiri. Ya les hablaré de él más adelante.

También tengo miedo de no volver a ver nunca más a Galemiri y a José Román.

## ESCENA 2. INTERIOR HABITACIÓN. DÍA.

Mientras me empujaban hacia mi habitación con horribles modales nunca tuve miedo de morir, ni de ser golpeado, solo temía mostrarme débil.

A una sola cosa temía, como buen narciso, al vacío sexual.

Cuando uno es culpabilizado por algo que no comprende, pierde energía sexual, y en ese sentido cometí un error dramático porque pregunté algo a destiempo:

*¿Y por qué me culpan?*, intentando demostrar un poco de temor casi por cortesía.

*No podemos decirselo*, dijo el más siniestro de los dos, el que no es hipertenso, pero seguramente asmático, feliz de su abominable respuesta.

*Ahora entre a su habitación y espere. El proceso acaba de iniciarse y se enterará de todo a su debido tiempo. Sobrepasa los límites de mi misión hablándole de una forma tan amable. Espero que no haya micrófonos inalámbricos. Si en adelante sigue teniendo tanta suerte con la designación de sus guardianes, puede estar confiado.*

Como mi padre me había enseñado que la culpa era una bendición bíblica y chilena, no pedí reparación inmediatamente a este trato sin duda bastante infame, los golpes que recibía en mis escrotos eran bastante dolorosos y me asfixiaban, pero también algo de narcóticos, casi como si me hubiese tomado tres Éxtasis de un solo paraguazo, se entra en una especie de laberinto de hiperventilación bastante agradable aunque tenebroso. De alguna manera me estaba haciendo un favor al darme una cierta importancia inmerecida.

También comprobé que seguramente eran ex agentes de la CNI porque manejaban la violencia física y la verbal con un grado muy sutil de entrenamiento. Como era demasiado niño durante la Dictadura, me sentía casi un privilegiado que me hubiera llegado la hora de ser torturado.



### ESCENA 3. HABITACIÓN. TARDE.

En la habitación ambos examinaban mi ropa, se me congeló la sangre con la trivialidad que hacían su sucio trabajo, dejando esa especie de huella escrita de sus maldades futuras, claro, seguramente estaban casados, uno de ellos me mostró la foto de sus hijas que se veían de lo más monas que hay.

Les traté de decir que tenía un hijo de cinco años, para ablandarlos un poco, me mostraron las fotos en el jardín infantil, era casi una película de mi vida diaria de mi hijo y yo y a veces de mi esposa. Lo tenían todo registrado, era una espantosa amenaza. Tenían un sentido aguzado en contra de todo tipo de sentimentalismos.

O sea no me iban a perdonar nada hasta que confesara algo que desgraciadamente no tenía dentro de mi alma, tendría que inventar una gran culpa y soltarla para salvar a mi hijo y a mi ex señora.

Mientras me vestía y mi cabeza se daba tumbos con esos negros pensamientos, ellos tomaron el resto de mi vestimenta, y me hacían sentir como un auténtico parásito neo-progresista.

El referente perfecto del socialista gramsciano que estudió sociología y leyes en la universidad, fue a algunas protestas, tuvo romances con mujeres ninfómanas de izquierda y que al final, de nada le servía haber sacado una tesis casi perfecta sobre la influencia de Gramsci en la transición a la democracia.

Nuestros contenidos eran casi murallas de cemento de separación. No habían leído a Gramsci, pero eran más astutos que yo.

Quizás en la última elección habían votado por Bachelet porque les recordaba a su padre General, y el pueblo adora ser azotado, pero no por eso iban a perdonarme la vida.

*Es mejor que nos dé las cosas a nosotros. Ya se las devolveremos, aunque indudablemente este tipo de asuntos toman mucho tiempo.*

*¿Es posible que esto sea una broma, una cámara escondida, un reality tomando en cuenta el escuálido sentido del humor de mis compañeros de trabajo en el banco?, pregunté, dejando caer muy burdamente ese comentario*

que les molestó y con justa razón. No era cómico, no era pertinente, era más de la misma mierda, también ellos estaban hartos de su trabajo, y seguramente se habían ilusionado con este culpable con algo nuevo en el mate y se dan cuenta de que estoy vacío como un granito de arena de Atacama.

Nadie me respondió, naturalmente era una pregunta torpe sin proyecciones.

*Permítanme*, les dije, y me fui decididamente a revisar mis pertenencias.

*Me parece razonable*, dijo uno de los guardias.

*¿Necesita testigos?*, me dijo el agente que se parecía mucho a Eddie Constantine, ese actor de segunda que había reflatado Godard en la majestuosa y muy romántica película **Alphaville**.

Volví con mi nueva cédula de identidad foto color con un orgullo detestable, y justo en ese momento escuché que entraba la suculenta sirvienta Ana que, al verme, se turbó y volvió a irse.

*¿Por qué no ha entrado?*, expresé con bastante frustración puesto que había tenido una de mis temidas erecciones involuntarias al verla. Ese maldito Regaine contra la caída del cabello me estaba matando.

*No se le permite*, me acotó fumando un cigarro Gitanes en forma muy general, mientras jugueteaba con su Palm portátil de mano, una verdadera maravilla conexión Wi-Fi, televisión cableada, cámara de video digital, de hecho me registró mientras terminaba de vestirme y creo que además tomó algunas secuencias en la ducha, por lo que llegué a pensar que era bisexual, asunto que me interesaría haberlo discutido con él en detalle, pasión devorante que podría ayudarme a comprenderme mejor y quizá aceptar toda esta invasión.

*¿Pero cómo no se da cuenta?*, me levantó la voz ya francamente harto, y siguió como un bramido, *¿Usted está arrestado!*

Una espantosa corriente eléctrica pasó entre nosotros dos, este tipo me partía en dos, con sus fatigosas ironías, que naturalmente me recordaban la brutalidad de anarquista de derechas de mi padre.

*¿Pero cómo puedo estar yo arrestado?*, presenté ese argumento casi como una gran excusa existencial, mi parte de hegeliano de izquierdas naturalmente. *¿Y más*



*encima de esta presuntuosa manera?*, dije eso ya con su costado de hegeliano de derechas.

*¿Así que empieza de nuevo con sus impertinencias?*, me replicó bastante enervado como diciéndome y más encima clama perdón.

*No respondemos a sus exabruptos*, y ahí me di cuenta que el policía jefe o lo que fuera era un tipo bastante impresionante que no sentía exactamente por mí ni una gota de amor o de compasión, más bien seguía adelante con su siniestra coreografía de la condena.

*Tendrán que responderlos*, les dije malhumorado, frase presuntuosa que me llevó inmediatamente al filme **Los magníficos Amberson** del genial Welles, pero también a la incontestable novela **El castillo** del depurado Kafka.

*Aquí está mi Cédula de Identidad. Ahora muéstrenme las suyas inmediatamente*, estaba muy inspirado, era casi una declaración kabbalística que provenía de una fuente mítica.

*Mala cosa, que ahora intente rebelarse, cuando comenzábamos a compenetrarnos muy bien con su situación, no es conveniente que nos irrite*, todo esto dicho sin ningún lirismo ni una gota de poesía en un país de poetas, hasta los carabineros se creen poetas, pero parece que los exigentes de la CNI no, definitivamente, mas bien amantes de la prosa militar.

*Así es, sí, los voy a irritar*, proclamé en un contrapicado brutal y que recordaba bastante la audacia innecesaria del gran Stanley Kübrick.

Los miré largo rato, en un juego de miradas que en verdad no tenían ningún significado.

Eran signos vacíos, muertos, antonionianos, se me cruzó la maldita belleza de Mónica Vitti, la turbadora animalidad de Claudia Cardinale, también recordé que estaba sobregirado en dos millones de pesos, alguien me debía plata, era un filósofo de Valdivia a quien no podía cobrarle, era el hombre más encantador del mundo, y seguía esa atmósfera opresora como en el malogrado filme de Welles, **El criminal**.

*Aquí están mis papeles en regla*, jugando con maniobras burdas, dilatorias.

*¿Y qué nos importa eso a nosotros?*, que me hizo entender lo sucia y maligna que era esta sociedad.

*Se comporta usted como un niño*, esas frases estigmatizaron mi vida de la boca de mi padre.

*¿Qué quiere?*, me dijeron a coro con su impudicia y su mal aliento.

*¿Quiere llevar su maldito proceso a una rápida conclusión?*, todo parecía un simulacro de principio a fin.

*¿Discutiendo con nosotros, los pobres guardianes?*, insistieron indecorosos, pero a ellos les daba lo mismo el decoro.

*¿Quiere hablar de legitimidad, de justicia, de la legalidad de la orden de arresto?*, era imposible impedirles su artificial sentido del humor, algo muy chileno.

*¿Quiere discutir eso con nosotros, que somos solo empleados de rango inferior?* Me lanzó el jefe de guardias en forma espectacular, era casi un manotazo del genial Jack Dempsey, cuando menos te lo esperabas, llega.

*¿Quiere trenzar una discusión con personas como nosotros que no entendemos nada de nada y quienes estamos solo pagados y bastante mal pagados, por cierto, solo para vigilarlo?*, seguía argumentado con esa forma exótica del que tiene a su contendor ya a segundos del knock out.

*No sabemos nada más*, sabían ser desarmantes, eran buenos en eso de ser mentirosos como buenos ciudadanos de la Región Metropolitana.

*¿Usted sabe algo más?*, me interrogó de pronto falaz.

*Seguro que sabe más que todos nosotros*, refrendó el otro, sádico, escondiendo su felicidad por su pesimismo radical y su negrura.

*Las autoridades saben todo, desde luego*, era sin duda una de las mejores frases de su libreto aparatosamente aprendido y seguramente vomitado a otros falsos culpables como yo.

*Han estudiado su caso a fondo*, con eso me dejaban claro que estábamos irremediablemente separados como seres humanos en la base ética.

*Ellos sienten atracción casi sexual por el delito, ¿sabe?*, los vi, iluminados por un placer tontamente mundano.

*Es conmovedor cómo se aferran a la ley*, era como estar secuestrado y en la clandestinidad pero con simulacros de secuestradores.

*No reconozco esa ley*, dije arriesgando mi pellejo como un estúpido, con mi bondad humanista, mi fuerza moralista.

*Es una pena por usted, naturalmente,* estaban estirados en el suelo, fatigados; de pronto me di cuenta de que estaban interrogándome, de que mi proceso ya se había iniciado, y que tenían una extraña voluntad de aprehender mi yo.

*Ya se dará cuenta de todo y comprenderá,* era vertiginoso y muy artificial

*Nos pasa con todos los culpables, es algo que vemos a diario,* incursionó con sus argumentos deplorables el asistente.

*Quiero hablar con su Superior,* recordé los viejos trucos de mi padre

*Será cuando Él lo desee, no antes,* la materia dramática, pensé, posee la ironía de los grandes malentendidos trágicos.

*Le aconsejamos que se tranquilice,* balbuceó el anorgásmico segundón.

*Esperábamos otro trato de su parte tomando en cuenta nuestra cortesía con usted,* el pretendido astuto.

*Ahora, si tiene algo de dinero podemos traerle un desayuno.*

*Y póngase una camisa, no podrá presentarse frente al supervisor en esa facha,* seguramente pensó que su observación era electrificante el muy trivial.

A pesar de toda mi salvaje contrariedad, me puse una chaqueta. Comenzaba a atraerme como un veneno este juicio clandestino, ilegal hasta la médula, nocturno como los amores licenciosos.

*Tiene que ser una chaqueta negra,* era como una comedia dulce amarga del insaciable Jacques Démy.

*Hay un rito que respetar,* su corrupción era naïf, querían verme desnudo, y yo les di en el gusto, qué me importaba a mí si sentían placer físico por mí, después de tanta desesperación y de odio, estaba preparado para una extrema violencia.

*Dúchese,* me pareció recordar los geniales filmes pornográficos del infatuado Russ Meyer en las secuencias de violaciones laberínticas. Lo hice todo con dulzura, con una cuota de desesperación, y ellos me observaban, sinuosamente, todo absurdamente reaccionario, aunque no exento de una cierta belleza mística que lavaba los ojos de todo el mundo, sofisticada evangelización, me dejé llevar por sus arrebatos carnales, porque pensé que

después de que hubieran saciado su hambre carnal estética, me liberarían.

*Si eso sirve para acelerar el asunto, estoy de acuerdo.*

#### **ESCENA 4. EXTERIOR INTERIOR HABITACIÓN HOTEL. TARDE.**

Pero estaba traicionando mi poco destino que me quedaba. Era como acabar con todos los cartuchos que me quedaban. Como en un filme del sedicioso André Téchiné, y con la mente puesta en la estrepitosa novela **América** del gran Franz Kafka, el jefe de los agentes se me acercó despreciándome y me tomó la presión.

Mi corazón dio un brinco terrible porque me di cuenta que era médico, como los de la CNI. Tenía miedo de que muriera. Estaba preocupado de un infarto.

*¿Josef K?*

*¿Estará usted muy sorprendido con los acontecimientos?*, era del tipo de hombres incapaces de alimentarse de la sensibilidad de las mujeres.

*Claro que estoy sorprendido, pero tampoco muy sorprendido,* a esa altura mi sentido de sobrevivencia jugaba a tener una especie de tórrida complicidad dialéctica con él.

Toda la conversación que sostuvimos después no solamente tenía algo emocionante, sino también cómica.

*¿No muy sorprendido?*

*Quizá usted me malinterprete.*

*¿Puedo sentarme, no?*

*No es lo usual,* me lo dijo con ese look mórbido que comenzaba a arrasar en ciertas capas de la pequeña burguesía latinoamericana seguido de un repentino ataque de asma que acabó precipitadamente con su mediocre performance.

*Bueno, quiero decir, desde luego estoy muy sorprendido, pero cuando uno lleva treinta años en este mundo y ha tenido que abrirse camino solo, está endurecido contra las sorpresas, y no se las toma demasiado en serio, especialmente la de hoy, ¿no? ¿Por qué especialmente la de hoy, no?*

*No quiero decir que tomo todo esto como una broma, pero me parece demasiado excesivo lo que se ha montado. Tendrían que haber participado todos los miembros del ho-*

tel, mis triviales compañeros del banco, y ustedes, eso sobrepasaría a una simple broma, ¿no cree usted?

Así que no quisiera decir que es una broma o una cámara oculta o una joda de Tinelli.

Muy acertado de su parte, aunque vano. Tenía alguna noción del concepto cine impuro wellsiano.

Pero por otra parte, no puedo hallar la menor culpa de la que se me quisiera acusar:

Pero esto también es muy secundario:

La pregunta principal es:

¿Por quién he sido acusado?

¿Qué autoridad instruye la causa?

¿Son ustedes funcionarios legales?

Ninguno lleva uniforme. A menos que usted considere que lo que lleva puesto es un uniforme.

Excúseme, pero sobre estas cuestiones exijo claridad.

Y estoy convencido de que una vez que hayamos aclarado todo ese quilombo, podremos despedirnos de la manera más cordial, todo esto dicho con una violencia teatral muy abigarrada.

Se encuentra usted en un gran error, el maestro de las reticencias sartreanas.

Usted está arrestado, no sé más, filoso.

Le ruego que no arme tanto alboroto con su exasperante sentimiento de inocencia, deteriora la impresión no del todo mala que tenemos de usted, mostrando que al final mi espíritu era débil.

Súbitamente me sentí demasiado excitado, con deseos de golpearlos a todos, de matarlos, estaba muy acabronado.

Esto no tiene sentido, exclamé como para dar un testimonio de mi vitalidad perdida.

El fiscal Guzmán es un buen amigo mío, ¿puedo llamarlo por teléfono?

Claro que sí, tenía en su mirada un fulgor atrevido y extasiado, parecía divertirse mi amenaza peregrina.

Pero no sé que sentido pueda tener, a no ser que tenga que hablar con él un asunto privado, todo visto desde una profundidad de campo inmensa.

¿Qué sentido?

¿Quién es usted?

Usted busca un sentido y hace todo mucho más insensato de lo que ya es.

Primero, ustedes me han atropellado en todos mis derechos constitucionales y morales.

¿Qué sentido tendría llamar a un fiscal si ya estoy arrestado?

Muy bien, no lo llamaré.

Pero, por favor, dijo el inspector, que se reveló bruscamente como un especie de radical sureño.

Por favor, llame usted, insistió con un sadismo espléndido y genuflexo.

No, ya no quiero, me comporté con cierta dignidad, pienso yo.

Bueno señores, según mi opinión, lo mejor es no pensar en lo justificado o en lo no justificado de su conducta, y darle al asunto un corte con un buen apretón de manos. Espero que estén de acuerdo conmigo, sin duda, es la mejor solución, intenté darle un giro sorpresivo a todo este embrollo, a ver si conseguía algo, con pocas esperanzas, pero me lancé temerario aunque también algo infantil. Quise darle un corte a todo como un guión policial con una ligera intriga hitchkociana o clouzionana, donde la acción verdadera es absoluta y totalmente moral y más bien interior.

Le estiré las manos al inspector que parecía ser el líder, lo que fue considerado como un procedimiento espectacular.

El inspector me esquivo hábilmente, parece algo habitual en él, esto de humillar, digo.

Qué fácil le parece todo. Piensa que podremos dialogar, negociar.

No, eso no. Es totalmente impensable.

Tampoco quiero decir con eso que usted deba desesperarse.

No.

¿Por qué habría de desesperarse?

Usted está solamente arrestado.

Nada más.

Tenía que comunicárselo.

Lo he hecho.

También he podido comprobar la manera cómo usted se lo ha tomado.

Y es bien inquietante, desde luego, y paradójico tal vez.

Con esto es suficiente por hoy.



Ahora quizá querrá ir al banco. La idea era cómica y seductora.

¿Al banco?, pregunté haciéndome el cándido.

Pensé que estaba arrestado, todo esto fue gratuito, of course.

¿Cómo puedo ir al banco si estoy arrestado? Me quería mostrar estupefacto, sabía que eso le placía al Jefe de los agentes.

Ah, usted me ha malinterpretado. Usted está arrestado, claro que sí, pero eso no debe impedirle desempeñar su profesión. Tampoco debe impedir que haga su vida normal. Tenía esa insistencia satírica imperativa que lo hacía casi lucir como un oficial de la SS.

¿Entonces el estar arrestado no es tan grave?, dije eso articulando dramáticamente.

Nunca dije que lo fuera.

Pero entonces la notificación de arresto tampoco parece haber sido necesaria.

Era mi obligación.

Una tonta obligación.

Puede ser.

Pero no vamos a perder tiempo con tales conversaciones. Yo había supuesto que usted quería ir al banco. Pero ya que pone atención a todas las palabras, añado, no lo obligo a ir al banco, solamente había supuesto que usted quería ir. Y para facilitarle y hacerle más fácil y lo más inadvertida posible su llegada al banco he puesto aquí, a estos tres colegas, a su disposición.

¿Cómo?

Me quedé estupefacto observando a los tres que jamás han sido mis colegas, son de hecho empleados del banco, pero mis colegas.

Ahí estaba el inflexible Rabensteiner, el rubio Kullich de ojos muy hundidos, y Kaminer, con su risa insoponible.

Buenos días, les ofrecí este gesto hastiado, la verdad es que tenía ganas de asesinarlos.

Les tendí la mano uno por uno y me saludaron servilmente.

No los había reconocido. Ahora iremos a trabajar, ¿no?

De repente me doy cuenta que me falta el sombrero, pero estos tres rastros corrieron a mi habitación a buscarlo y me lo trajeron.

## ESCENA 5. TAXI INTERIOR. TARDE.

Dentro de un instante, los cuatro íbamos en un taxi camino al banco con la noche banal santiaguina sobre mi cabeza aplastándome como siempre, todo sin contenido manifiesto, intentando restituir un poco mi vieja dignidad, la de jefe de recursos humanos, la de antiguo estudiante de L'IDHEC, la alta escuela de cine de París, después de dos largometrajes particularmente enervantes, terminé con un hijo, una mujer a la que no quiero pero que temo mucho por su vida, sus únicas virtudes su deseo de autoeliminación, sin más lugar para la arrogancia de un destino artístico, particularmente envuelto en un cargo indeseado, impuesto por mi padre en su banco como Jefe de Ejecutivo de Cuentas, trabajo que sé algo muy mal, o al menos con cierto cinismo, sin duda tengo que reconsiderar mis sentimientos, tengo que levantar lo que mis antiguas compañeras comunistas llamaban *la dialéctica del honor*, y seguía conduciendo el auto, hundiéndome en la zona oscura de Santiago, como si fueran una serie de planos audaces del portentoso cineasta Max Ophuls.

## ESCENA 6. INTERIOR BANCO. TARDE.

En el banco hice mi trabajo, mientras los tres rastros obedecían estúpidamente mis órdenes.

Era casi un divertimento fútil. Los discípulos fervientes. Esta coyuntura insólita, extremadamente encantadora, no quería plantearme ninguna pregunta, pero estaba acusado, tenía un proceso en curso, mi vida dependía de eso y sin embargo seguía funcionando como un rey. Todo me daba asco, particularmente, no ser verdaderamente culpable. Sentía que me lo merecía. Me daba rabia no ser un auténtico culpable.

En ese instante creía que merecía ser culpable. Pero el destino me tenía guardado otro desafío cinematográfico mayor, donde los largos fundidos encadenados se sucederían con una naturaleza muy diferente a lo ya conocido, con un aura dramática que anunciaba el momento decisivo de la tragedia final, esa especie de santa y amarga poesía llamada mi vida.

## ESCENA 7. EXTERIOR BANCO. NOCHE.

Tenía mis lujos supremos aunque bastante modestos, fumar mis Gitannes en caja, y evocar por ejemplo este mi destino a-moderno, una pequeña epopeya, una especie de continuación trágica de lo que yo consideraba era mi inocencia.

Recordé de pronto que aquella primavera solía pasar las noches de la siguiente forma: si era posible –la mayoría de las veces me quedaba hasta las nueve en la oficina– daba un pequeño paseo con los empleados y luego iba a una cervecería donde permanecía normalmente sentado frente a una mesa.

Pero también había excepciones en esta programación, por ejemplo, el director del banco, que valoraba mucho mi laboriosidad y mi confianza, me invitaba a un paseo en automóvil full equipo una vez a la semana a casa de una muchacha llamada Elsa, que trabajaba de camarera en una taberna durante la noche y hasta bien entrada la mañana y durante el día solo recibía en la cama.

Pero aquella noche, el día había transcurrido de prisa por el intenso trabajo y las muchas felicitaciones de cumpleaños, honrosas y amigables, yo no quería ir al hotel enseguida, mi naturaleza profundamente metafísica más que carnal, la encarnación de una especie de santo frustrado y aguafiestas, aunque desde el punto de vista moral, ahora estaba preso de mi propia tragedia seudomoral, ya que los engranajes esenciales de mis hormonas se movilizaban a una velocidad obscena esperando a la señorita Bürnster.

Tenía el sentimiento que la escena que iba a vivir con ella iba a ser esencial en mi vida, le daba a mi destino un rigor indiscutible.

Todo era de un encanto sin odio.

Amargo, reivindicativo.

Nadie en el mundo, salvo yo, naturalmente, era que no, había sido tan calumniado pero sin embargo portaba una esperanza desmesurada, parcialmente contradictoria, es cierto.

Lo que yo necesitaba, más que sentirme inocente, más que liberarme del proceso, era encontrar pronto una mujer en ruptura con su pasado, una mujer a quien la acecharan sus dolores y que requiriese de un varón para

salvarla. ¡Y ese varón era yo!

Eso quería, salvar a una mujer. Y este proceso me había posibilitado cruzándome con variadas mujeres de muchos tipos y caracteres.

Claro, era mi interés egoísta, no estaba en cuestión la salvación del mundo, el amor por los desposeídos ni la lucha por el proletariado, entiendo que mi misión era sucia, para nada social, ególatra.

## ESCENA 8. EXTERIOR HOTEL. NOCHE.

Cuando a las nueve y media llegué al hotel en el que estaba alojado por lo del premio que ya les conté al inicio, me topé con un desgastado portero que fumaba en forma lamentable y tosía mucho, dejando que su propio oficio lo fuese acabando.

*¿Quién es usted?*, le pregunté un poco reconozco a la defensiva, pero también haciendo un esfuerzo de burda complicidad.

*Soy el hijo del portero*, haciendo un gran esfuerzo por sonar lo más honesto posible.

*El hijo del portero*, repetí como uno de los insufribles actuarios de los sistemas judiciales chilenos.

*¿Desea algo, señor?*

*¿Debo llamar a mi padre?*, se notaba que tenía la conciencia más limpia.

*No, no*, le dije cálido para provocar en él un sentimiento de orgullo.

*Está bien.*

En mi voz parece que había un tono de disculpa, como si el mozo hubiese hecho algo malo y lo estuviera perdonando con mis vanas palabras.

## ESCENA 9. INTERIOR HOTEL. NOCHE.

Mi vida comenzaba a parecer algo así como un desfasado sincronismo de un guión inacabado que permanece abandonado en los estantes de los estudios hollywoodenses, todo patas arriba, dislocado. Con ese sentimiento paradójico me dirigí hacia la puerta de la señora Grubach.

Rozando el puro drama naturalista, la vi, si se quiere unir pudor e ironía, sentada, remendando una media, con total resignación, penetrada de toda su kilométrica amar-

gura, la señora Grubach daba al ventanal que la recortaba contra el cielo nuboso, esta estilizada inteligencia mía me produjo un ligero temblor interno, o quizá efectivamente tembló en Santiago, como otras miles de veces.

La señorita Grubach permanecía impassible. Ella tenía un puesto que defender con su propia vida si fuese necesario. Era la jefa de mucamas.

La que siempre se ocupaba de enviarme el desayuno a la piscina, hasta hoy, que no llegó.

Según ella yo era su inquilino regalón.

Me trataba en forma maternal, siempre muy resuelta, bueno, como toda una verdadera madre chilena.

Aunque a veces me mostraba mucho sus gigantes cos senos fellinianos.

Y me pedía que se los succionara suave y largamente como si fuera su propio hijo, ella era el tipo cinematográfico ideal de Fellini-**Roma** o **Amarcord** quizá, por qué no, Fellini-**Satyricon**, aunque esa afirmación era muy temeraria.

A veces me agobiaba no poder comparar mi vida con la profética y dañina novela **América** del gran Franz Kafka.

¿Por qué trabaja usted hasta tan tarde?, le pregunté con auténtico cariño sucinto.

Hay mucho trabajo en este mundo. Ella daba ese tipo de respuesta que a uno le hacían arrepentirse de haberlas planteado. Pero que al mismo tiempo la hacían tan diferente, era terrible admitirlo, y a ustedes les sonará obvio, qué diablos, pero me recordaba a mi propia madre, la mento entrar en mi espacio narcisista como otras veces, pero para mí esas comparaciones hacen todo más perdurable, más perenne.

Y hoy más encima, por mi culpa, yo le he dado un terrible trabajo extra con toda esta historia del arresto, parecía la declaración sincopada de un estúpido.

Eso no me ha dado ningún trabajo especial, ella sabía protegerse muy bien de las indiscreciones.

Sí, le aseguro que le he dado trabajo, sonó ligeramente pueril.

Pero no volverá a suceder, le dije como impregnado de una grandiosa culpa inexplicable, inaudita.

No, esto no volverá a suceder, me dijo ella un poco malignamente aunque también con esa desbordante y singular ternura suya.

¿Lo dice en serio?, le pregunté lleno de auténtico fervor por ella.

Sí, con su gusto por las pequeñas ironías.

Pero sobre todo no puede tomarse todo tan a pecho.

Se trata en efecto de su felicidad, y en ese sentido me preocupa, más quizá de lo que corresponde a una persona de mi posición, pues yo soy simplemente la Jefa de mucamas.

Pero en fin, debo decirle que he oído algo que no puedo decirle que sea especialmente malo de parte de los agentes, usted sin duda está arrestado, pero no como se detiene a un ladrón. Si uno es detenido como un ladrón, entonces es grave... incluso si uno es detenido como asesino no es tan grave, pero como ladrón, entonces allí la cosa es complicada... Pero en el caso específico de este arresto...

Me parece que hay algo muy oculto, perdone si digo alguna tontería, que yo ni siquiera entiendo, pero tampoco se tiene que entender. En su discurso inconexo y muy sureño, había algo de las magníficas secuencias de Enrt Lubitsh, un poco de la tristeza cómica de la novela **El proceso** de Kafka, pero le faltaba respetar un poco más el sentido del cine de autor. A pesar de la pobreza de sus reflexiones, quise ser leal y generoso con ella, seguramente porque me encontraba en un estado de creciente desesperación no asumida, por cierto, como todo buen santiaguino concertacionista, para quienes no hay nada mejor que recurrir a la fórmula modesta, aunque turbadoramente desenvuelta, otra variación astuciosa de la política neoliberal en manos de la centro-izquierda y con la anuencia de la derecha.

No es ninguna tontería todo lo que ha dicho, señora Grubach, al menos soy en parte de su opinión, solo que juzgo más severamente que usted y ni siquiera lo considero algo de oculto, sino que lo considero como nada en absoluto.

He sido cogido por sorpresa, eso es. En resumen, lo que siento es que si hubiera actuado razonablemente no me hubiera sucedido nada, todo habría sido sofocado bajo sus cálidos brazos, habría desayunado aferrado a usted, y no habría tenido que lamentar la ausencia de Anna, su asistente de mucamas, y mi ansiedad cuando dejo de tomar desayuno, que es una angustia infantil, ya se lo debo haber contado muchas veces, ¿no? Lancé esa enorme pendejada esperando subyugarla.



*Pero en la vida se está tan poco preparado para lo imprevisto.*

*Todo nos puede hacer daño, todo nos puede herir tan fácilmente.*

*El dolor está siempre acechándonos en cada esquina, en cada segundo de nuestros días, ¿no es así, señora Grubach?, intentando levantar nuevos efectos neo-emocionales en medio de un gobierno pseudo-matriarcal, donde cabía todo tipo de vacilaciones, sin duda objeto de una mirada casi científica y no piadosa.*

*En el banco por ejemplo, ahí estoy preparado para todo.*

*Allí sería imposible que me sucediera algo así. En esos dominios burgueses es inconcebible cualquier error.*

*Allí tengo el teléfono general, el teléfono directo, allí está mi PC Pentium M Vaio.*

*Mi red inalámbrica, mis cuatro celulares tribandas, mi sistema de conexión directa con los jefes, mis informes diarios de las fluctuaciones de la bolsa, estoy conectado a una cadena de trabajo implacable, y por eso mismo, espiritualmente soy más fuerte, con franqueza me habría gustado mucho que un asunto tan complicado como el vivido en este hotel me hubiera tocado enfrentarlo en mi propio campo de batalla. Mi respuesta habría sido muy contundente y lúcida, sin duda alguna, como siempre me confiaba demasiado en mi facilidad para la elipsis, la construcción en abismo y los puntos de fuga, y dejaba a mi audiencia, en este caso la señora Grubach, algo desorientada, pero era como tenerla narcotizada, y eso me agradaba, a mi total disposición.*

*Ahora ya todo ha pasado. Y en realidad no quería hablar de eso.*

*Solo quería oír su juicio.*

*El juicio de una mujer razonable, como las hay tantas hoy en día.*

*Y estoy muy contento de que coincidamos en ello.*

*Ahora tiene usted que darme su seno.*

*Una coincidencia así tiene que sellarse con devoción.*

Sin duda mi petición era poco decorosa pero ya todo me importaba un carajo, si la historia del guión de mi vida había perdido toda lógica, como en aquel filme memorable aunque irregular del desperdiciado talento de Orson Welles.

*¿Me dará su seno?, yo estaba desconcertado con mi propia proposición, me producía pena mi insistencia infantil, gestáltica.*

*No se lo tome tan en serio, señor K, me dijo ella, que sabía muy bien analizar a las personas sin teorías lacanianas o freudianas de por medio, era una mujer que tenía el sentido de la vida clavado en el fondo de su corazón atormentado pero benigno.*

*Yo no sabía que me lo tomaba tan en serio, dije amargadísimo.*

Al salir de la habitación luego de este rechazo inesperado, pregunté tembloroso:

*¿Está en casa la señorita Bürnster?, afuera se podía escuchar el ruido cristalino de las gotas de lluvia que golpeaban las cornisas.*

*No, dijo seca, aunque con una simpatía razonable que me sorprendió mientras el cielo se estremecía bíblicamente de rayos y relámpagos presagiando una noche muy lluviosa.*

*Está en el teatro. ¿Quiere usted saber algo de ella? ¿Quiere que le dé algún recado?, me lanzó esa andanada de preguntas un poco para aplacar mi cierta euforia por la señorita Bürnster.*

*No. Solo quería hablar con ella. Supongo que me siento muy solo. Espero que me comprenda. ¿Me comprende?, siempre hay un cierto horrible pudor, cuando se descubre el celo de una mujer por otra.*

*No sé a qué hora volverá la señorita Bürnster. Cuando va a teatro, suele volver muy tarde. En ese momento la señora Grubach ya estaba furiosa, aunque mantenía ese donaire que recordaba inevitablemente a Emma Thompson en **Lo que queda del día**.*

*Solo quería disculparme con ella por el abuso de los tipos al entrar esta mañana a su habitación en busca de no sé que pruebas. Afuera los bruscos resplandores. Así que parecía depurar nuestra sobrecargada conversación llena de dobles aforismos, cosas no dichas, lenguaje alusivo agobiante.*

*No es necesario, señor K, usted es demasiado aprensivo, la señorita Bürnster no sabe en absoluto, desde esta mañana temprano no ha estado en casa, y está todo ordenado, véalo usted mismo.*

**ESCENA 10. HABITACIÓN. NOCHE.**

Ella abrió con cierta malicia la habitación de la señorita Bürnster.

*Gracias, le creo, le dije, porque seguirla en su desmedido propósito era proporcionarle a la mujer algún placer o algún sufrimiento que yo no estaba dispuesto a asumir.*

Me quedé mirando la luna que resplandecía arrogante en el horizonte, bajo la capa de lluvia tupida, era como revisar copiones después de un día fatal de filmaciones.

*La señorita llega a menudo tarde al hotel, dije suspirando, hartado de todo, pero también para recuperar un poco un cierto realismo teatral y abandonar el impulsivo deseo cinematográfico.*

Y miré a la señora Grubach como si ella fuera la responsable de mi desgracia, la de toda mi vida, la de mi presunto proceso, la de mi horrible soledad, la de mi temor a las mujeres, la de mi deseo de padre nunca satisfecho, el teatro también es el único lugar donde se puede retomar todo desde el principio por la palabra.

*¡Cómo son los jóvenes hoy en día!, dijo ella súbitamente, como disculpándose.*

*Pobre estúpida, cómo te detesto, pensé para mis adentros, se veía tan desgraciada, pero la odiaba.*

*Claro, claro, dije como para sacármela de encima.*

*Pero las cosas pueden ir demasiado lejos.*

*Pueden, dijo ella arrastrando las palabras, como si supiese la respuesta a todas las grandes preguntas kabbalísticas de la humanidad.*

*Cuánta razón tiene, señor K. Incluso en este caso, claro que no quiero hablar de la señorita Bürnster, es una joven buena, encantadora, ordenada, puntual, y trabajadora, yo valoro mucho todo eso, pero una cosa es cierta, debería ser más orgullosa y reservada.*

*Este mes ya la he visto dos veces en calles poco transitadas y cada vez con un hombre distinto.*

*Me es muy penoso, por Dios Todopoderoso, que solo se lo cuento a usted, señor K, aunque no se podría evitar que hable de ello con la propia señorita.*

*Por otra parte, eso no es lo único que la hace sospechosa. Tenía una mirada demasiado exterior de las cosas que comenzaba a exasperarme.*

*Está usted totalmente equivocada, dije furioso, sacando mi vanidoso y pedagógico lado Brecht con todas mis fuerzas, ya me estaba hartando esta veterana, además es evidente que usted no ha entendido bien mi observación sobre la señorita, no era en ese sentido. Incluso le advierto con toda franqueza para que no le diga a la señorita, usted está en un completo error, conozco muy bien a la joven, nada de lo cual usted ha dicho es verdad. Por cierto, quizá voy demasiado lejos, no quiero impedirselo, dígame lo que quiera.*

Señor K, dijo ella suplicante, y se acercó a mi que ya estaba en la puerta, *en absoluto quiero hablar con la dama, naturalmente quiero seguir observándola antes, solo a usted le he confiado lo que sabía. Al fin y al cabo tienen que estar siempre en la mente de una Jefa de Mucamas el hotel limpio, es todo lo que me mueve.*

*¡¡¡La limpieza!!!, grité ya hartado.*

*Si usted quiere mantener limpio el hotel, tiene que echarme a mí primero, y cerré dando un increíble portazo.*

**ESCENA 11. HOTEL EXTERIOR INTERIOR. NOCHE.**

Miré cómo la luna brillaba en silencio afuera, esperando la llegada de la señorita Bürnster, cada vez más ardiente, me daba miedo a mí mismo mi excitación sexual llevada a ese límite fuera de la ley.

**ESCENA 12. HOTEL INTERIOR. NOCHE.**

Me quedé observando hacia la calle, esperando la llegada de la envolvente señorita Bürnster. Pensaba proponerle una fuga, escapar de ese maldito hotel, dejar atrás la injusta historia de mi arresto de la mano de esa hermosa mujer, comenzar una nueva vida, pero pronto estos pensamientos me parecieron absurdos, inútiles y sobre todo despreciables, como lo hubiera dicho el gigante Borges.

**ESCENA 13. HABITACIÓN JOSEF INTERIOR. NOCHE.**

Después me tumbé en el sofá, manteniendo la puerta de mi pieza entreabierta, esperando la llegada de la señorita Bürnster, fumando.

Estuve así hasta las once de la noche, pero a partir de las once más quince de la noche, ya no pude más y partí al recibidor del hotel, como si con esa tonta actitud iba a poder apurar más la vuelta de la joven.

La verdad es que yo estaba muy contrariado, porque si lo pensaba bien no tenía ningún deseo especial de verla, ni siquiera me acordaba muy bien de cómo era ella, pero ahora quería hablar con ella desesperadamente, sobre todo después del desprecio de la señora Grubach, y me irritaba que ella con su retraso me trajera tanta intranquilidad y desorden al final del día.

De alguna manera la culpaba de no haber cenado hoy con Elsa, mi novia, de haber renunciado a Elsa por verla a ella.

**ESCENA 14. PASILLO HOTEL. NOCHE.**

Eran más de las doce y media cuando se oyó a alguien salir del ascensor, corrí a esconderme tras la puerta de su habitación entreabierta.

Me saltó el corazón al comprobar que era la misma señorita Bürnster que había llegado. Me armé de coraje y me encaminé hacia la puerta de la habitación de la dama, a pesar de que la luz del pasillo permanecía en tinieblas.

Le hablé a través de la puerta.

*¿Señorita Bürnster?*

*¿Hay alguien allí?*, sentía el poderoso aliento erótico desde el fondo de su alma.

*Soy yo, K, dije.*

Ella mantenía la puerta de su habitación entreabierta, así que con toda naturalidad me echó una mirada con ese costado mistificador tan coqueta de ella.

**ESCENA 15. HABITACIÓN SEÑORITA BÜRNSTER. NOCHE.**

*Ah, señor K, me dijo sonriendo la muy pícaro.*

*Buenas noches, no sé cual era el adjetivo adecuado para ese momento, seguramente decirle hechicera.*

*Quería hablar unas palabras con usted, ¿me lo permite ahora?*, ahí estaba mi pecado antonioniano, ese que dice que entre más uno mira a alguien, menos la comprendemos, y eso es justamente el inicio del placer y el dolor.

*¿Ahora? ¿Tiene que ser ahora?*, me atraían mucho su clase de respuestas desenvueltas.

*La estoy esperando desde las nueve...*, me quejé como si fuera su marido.

*Bueno, estaba en el teatro, no sabía nada de usted, me respondió despreciando mi ardiente deseo...*

*El motivo de lo que quisiera decirle ha tenido lugar hoy, me daba cuenta de que le hablaba como en la novela de Kafka, usando aquellas palabras enrevesadas y corteses, a veces demasiado formales y obedientes.*

*Bueno, ahora no tengo nada en contra, salvo que estoy muerta de cansancio. Así que pase unos minutos a mi habitación.* De repente pensé en mi equivocación, me hubiera gustado haber sido de esa clase de gente que deja a las personas vivir su vida tranquilamente, pero era demasiado tarde, yo era un tipo cortado con una madera del solitario.

*Siéntese, ordenó ultra sexual, me habría gustado haber tenido una Arriflex 35 mm. o una cámara digital alta definición para haberla filmado con toda su desesperante y erótica tristeza frente a mí.*

*Bueno, qué quería, las preguntas le salían libremente, no forzaba nada, era toda al natural la muy erótica.*

*Verdaderamente tengo curiosidad, lo dijo desde una perspectiva puramente teatral, parecía como si no hubiese querido sacarse de encima la obra **La ronda** que venía de ver en el teatro y que yo había tenido la suerte de ver en el Video-Manquehue miles de veces en la explosiva versión de la hiper seductora Louise Brooks, y luego, aunque no lo crean, en la versión londinense del sobrevalorado Sam Mendes, pero con la magnética performance de Nicole Kidman.*

Cruzó ligeramente sus piernas, la muy perra no llevaba calzones, al más puro estilo Sharon Stone, entonces mi profesor Galemiri o fue el profe Román quienes tenían razón cuando decían que *el cine se contempla a sí mismo*.

*Quizá dirá que la cosa no es tan urgente, como para hablar de ello ahora, pero...* Ahora estoy en el jueguito desquiciado de los planos y contraplanos, el relato fragmentado, se siente la palabra, el adjetivo, no sé si puedo explicarme bien en este punto.

*Las introducciones siempre las paso por alto, me molestaba un poco su tono altanero aunque siempre deca-*



dentamente sexy.

*Eso facilita mi tarea, sí, tenía mucho de Jeanne Moreau, con su belleza nocturna licenciosa.*

*Hoy en la mañana, su habitación ha sido desordenada, como le he dicho, en cierta forma por mi culpa, por eso quería pedirle disculpas. Parecía como si buscara voluntariamente que ella me masacrara con su respuesta.*

*¿Mi habitación?, lo dijo con la misma parsimonia que se tomaba Jeanne Moreau, un plan par jour, eso es lo que ella exigía en la filmación, un plano por día, en la época de las actrices-autoras, pero eso ya había acabado con la llegada de la televisión sin duda y del desprecio a los guionistas-autores.*

*Así es, respondí intentando encontrar una manera muy a la neo-chilena de aclarar este hecho surrealista y turbio.*

Primera vez que nos miramos a los ojos. Eran hermosos sus ojos, luego estaba el eco de las sombras, estaba también ese costado de reconstitución de una escena apasionante que uno sabe no va a volver a vivir nunca más en su puta vida, la bella semi-recostada en su cama, casi en topless, no sé en qué momento se desnudó, pero bueno, todavía permanecía atada a **La ronda**, a Louise Brooks, a Nicole Kidman, al genio malvado de Fritz Lang, al modesto talento de Sam Mendes.

*La forma en que ocurrió no merece la pena de contarse, le dije recordando aquella frase de Eric Rohmer que dijo no sé si se debe sentir la cámara, como dijo Pasolini.*

*Pero eso es realmente lo más importante, entonces yo sentí un travelling vertiginoso hacia su rostro perplejo.*

*No, le contesté enfático, utilizando algunas técnicas del nouveau-roman.*

*Bien, me dijo ella exquisita, aunque claro está, es mi mirada lo que poetisa todo.*

*Pero mis fotografías están revueltas: es singular que tenga que prohibirle algo que usted mismo sabe que no debe hacerse, entrar a mi habitación cuando yo no estoy. Era una cuestión de puro temperamento, como la dinamita, todo un arte del comportamiento.*

*Yo no fui, señorita. Estuvo aquí una comisión investigadora del banco. Uno de los funcionarios, de rango muy menor, desordenó sus fotos, me haré cargo personalmente de despedirlo el lunes.*

*Sí, estuvo aquí una comisión investigadora.*

*¿Por usted?*

*Sí.*

*¿Cree usted que soy inocente?*

*Bueno, inocente..., y se echó a reír. En todo caso, no es culpable, eso no. He aquí una extraordinaria mujer con el sentido de la oportunidad, que usa la vida como un decorado.*

*¿Podrá ayudarme un poco con este proceso?*

*Puede ser, ella la divina irónica y la majestuosa manierista.*

*Pero si usted quiere que yo sea su consejera, debo saber de qué se trata. Ella encarnaba muy bien esa ternura y ese sadismo a lo Jeanne Moreau.*

*Ese es precisamente el inconveniente, le expliqué, como diciéndole hasta aquí está la continuidad de mi vida, a partir de ahora todo es un desorden.*

*Yo mismo no lo sé, traté de ser muy espontáneo pero salió mecánico, angustioso.*

*Entonces se está burlando de mí, pronunciaba las palabras en la duración exacta.*

*No, no me burlo. ¿Por qué no quiere creerme? Le reproché intentando mostrarme deliberadamente frío y distante a lo Anthony Perkins.*

*Estoy cansada, es demasiado tarde.*

*Usted ha llegado demasiado tarde.*

*Ahora resulta que me hace reproches.*

*Qué fue lo que sucedió, ¿puede hacerme una demostración?, iba derecho al objetivo con sus preguntas.*

*Muy bien. Yo soy el supervisor, allí sobre el baúl estaban sentados dos guardianes...*

*La señorita Bürnster comienza a reírse, asunto que me ponía muy cachondo.*

*Así que la besé sin pensar.*

*Ella me apartó, la reina erótica.*

*Váyase, váyase, parecía una larga secuencia, pero era corta.*

*No me iré, no puedo alejarme de usted, ¿sabe? es usted como un imán, dejé aflorar todo lo que me quedaba adentro, no mucho, por cierto.*

*Cómo me tortura, ¿no se da cuenta de que nos están escuchando allá afuera? ¿Por qué sigue torturándome de esa manera tan especial? Ella hacía su pantomima absur-*

da, ahí uno podía ver que era actriz o prostituta.

*No me iré.*

*La señora Grubach me adora. Creerá todo lo que le diga. Usted puede decirle que yo vine a robarle, a violarla, a asaltarla. Pero ella no dirá nada. La señora Grubach me ama de una manera irracional. Además me debe una gran suma.*

*Ahora necesito que se vaya con mucha más fuerza que antes. Los pocos minutos que hemos estado juntos me han parecido horas. Váyase, se lo imploro. Necesito estar muy sola.*

*¿Pero no está enojada conmigo, no es cierto? Necesito tanto su aprobación. Me da miedo perder su mirada limpia.*

*Ella me cogió la mano, maternalmente erótica.*

*No, no, nunca me enojo con nadie.*

Entonces me aproveché de su ternura irresistible, y la besé completamente. Primero en la boca, luego por toda la cara, de la misma manera que un animal sediento, luego el cuello, hasta la garganta, y ahí dejé reposar mis labios encendidos un rato. Luego salté sobre ella como un animal, y le hice el amor, furibundo, paroxístico.

*Ahora me iré, y la dejaré libre de mi ansiedad.*

Me vestí lentamente y me sentía liviano, ni totalmente inocente ni totalmente culpable, parecía como si ella me hubiese extraído un tormento principal en mi vida, de alguna manera su cuerpo y su sed sexual habían introducido un elemento de ambigüedad a mi proceso, era una especie de camino a la inversa, mi vida ahora ya no era un guión caótico, mas bien era un guión abierto, consecuencia del encuentro sexual con la señorita Bürnster, estaba absorto, suavemente feliz, ella deliciosamente desdichada, su estado natural, tuvimos tiempo de mirarnos con cierta ternura tardía, mi destino actual era seguir mi itinerario que estaba fijado, no procedía ninguna postergación pero al menos había hecho algo decisivo en mi vida, en beneficio de mi propio proceso, que soy yo mismo, al final ese maldito proceso, al amarla, el eje de la culpa se había desviado hacia otro tipo de juzgamiento. No estaba libre de la condena. No me había librado de nada aún, pero sentía una nueva voluntad de reescribir la historia de mi absurda condena de otra forma, sin imposibilidad.

## ESCENA 16. BANCO INTERIOR. DÍA.

Hoy me comunicaron por teléfono que este domingo tendré un pequeño interrogatorio. Me dijeron que estos interrogatorios ocurrirán regularmente. Con bastante frecuencia, fue la palabra que usaron. Nada de eso me importaba tanto como volver a amar la agobiante anatomía de la señorita Bürnster. Pero simulaba, y cedía a sus peticiones, mostrándome contrariado.

Por una parte, me comentaron de una manera melosa, había interés en llevar el proceso rápidamente a su fin, después me comentaron que los interrogatorios tenían que ser muy profundos en muchos aspectos, y debido a la fatiga que eso implicaba, podían durar mucho tiempo.

La decisión de tomar los domingos como días de interrogatorio fue mía.

Me dieron una dirección un poco complicada en un lugar apartado y anoté algo en un papel y punto.

*¿Malas noticias?*, preguntó el subdirector del banco, que entró inesperadamente con su habitual reptilismo.

El subdirector tomó el auricular:

*Una pregunta, señor K.*

*¿Querría usted hacerme el honor de venir el domingo por la mañana a una excursión en mi yate?*

*Será un grupo bien grande. Seguramente entre ellos habrá muchos amigos suyos. Entre otros el fiscal Guzmán. ¿Quiere venir?*

*¡Venga, por favor!*

*Muchas gracias señor subdirector, pero tengo un compromiso el domingo.*

*Qué pena*, me respondió absolutamente humillado por mi respuesta, lo que me alegró mucho puesto que lo supongo el líder de mi persecución, pero supo disimularlo como siempre con su repelente aspecto de patético militar en retiro.

## ESCENA 17. CALLE EXTERIOR. DÍA.

Miro en la pantalla lo que me sucederá el domingo.

Es como en la película de Welles. Una música resonaba a un ritmo contundente, toda para mí, avanzaba contra viento y marea. Mi olfato me indicaba que tenía que salir a la calle y ponerme a caminar.

Todas las formas de mi posible destino asumen una forma particular, inasible.

Está demás decirles que esta experiencia se ha transformado en algo fastidioso e impertinente dentro de mi sagrada rutina.

Asumo que cada persona tiene una cuota de poder, pero comprendo que todo nace en la cobardía.

La llave de todo este enigma está en su origen, hacia allá voy ahora. A mí me va lo auténtico. Si pudiera tranquilizarme y centrar todo ese talento innato, llegaría a ser dueño del mismísimo banco, y arrancar de cuajo al hielo podrido de mi padre. No me apetecía hacer eso tampoco. Desvié la mirada, eran pensamientos estrictamente de un resentido. Me abrigué con ese gamulán para resguardarme del frío. Estaba al fin totalmente decidido, los iba a enfrentar, a todo ese poder en las sombras, a esos negociados de la justicia que jugaban con la vida y la muerte de los presuntos *acusados*, afuera estaba totalmente oscuro, me armé con una linterna, estaba en el punto de partida de mi nueva voluntad guerrera, iba a enfrentar toda esa máquina de injusticia, y aunque era un absoluto novato en estas guerrillas, me sentía orgulloso de mi misión, al menos no iba en busca de dinero.

Así que me encamino a paso apresurado aunque sin humillarme al encuentro de mis interrogadores en un plano medio cerrado en pan-travelling.

Cruzo calles y me meto por pasillos en una sofisticada panorámica muy wellsiana y me aproximo a un ritmo sincopado muy propio de los hijos del gran genio barroco norteamericano, la nouvelle vague.

Hasta que llego a un lugar donde hay muchas escaleras y un edificio.

Debo decidir cuál de todas las escaleras tomar.

Luego de subir una de las escaleras, un alguien angelical aunque penetrante me habla.

*Pase*, me pareció provenir de la voz de una joven algo descabellada aunque seductora que me acoge en sus brazos a través de una ventana, a lo que me pareció una asamblea.

Un tumulto de personas de lo más diversa llenaba una habitación de tamaño mediano, de gente que solo podía estar agachada por la altura del techo.

La intensa mujer se me acerca, la que me habló, una

más en la génesis de mis culpas masoquistas.

*Tengo que cerrar la puerta. Después de usted no puede entrar nadie más. Esto está demasiado lleno.*

La joven morena me decía *Venga, venga*, naturalmente, me dejé guiar por ella, era tan sexy, casi ni me percaté del tumulto amenazante que repletaba el ambiente, solo la miraba a ella en un contrapicado estilizado.

Era igual a la otra actriz de la película de Welles que había disfrutado tanto en el rotativo de la triste aunque notable calle Huérfanos, Elsa Martinelli.

Alguna vez esa temperamental actriz estuvo en Chile, filmando **La araucana**, aquella insostenible coproducción italo-chilena que seguramente nadie desea recordar.

Pero yo la recuerdo.

La jadeante mujer más parecida a Elsa Martinelli que a Virna Lisi, me condujo hacia un estrado, en lo alto, controlado por un hombre angustiado y sudoroso, llamado el tercer juez.

*Debería haber aparecido hace una hora y cinco minutos*, me dijo la penetrante joven, casi una figura intocable, estaba enganchado a ella como una nueva droga, adiós señorita Bürnster, mi nueva droga es usted, ahí estaba yo nuevamente, enamorado como un imbécil, pero es que esta mujer tenía una voz misteriosa que no sabría cómo describir, tenía ese algo punzante que te cortaba el aliento, absolutamente dominado por el centelleo de su milagrosa mirada.

*Aunque haya llegado demasiado tarde, aquí estoy*, dije intentando ganar aplomo frente a la audiencia.

Siguieron unos aplausos en dolby stereo, es fácil ganarse a esta gente, pensé, no podía ser de otro modo en estos tiempos vacíos y exentos de metáforas.

El tercer juez me preguntó:

*¿Quién es usted?*, sus ojos eran oscuros y lúgubres.

*Un ejecutivo de cuentas de un gran banco*, después de esa declaración tan altanera no podía volver a poner los pies allí.

Como cuando florece lo que los franceses llamaban *la moral de un filme* hubo una risotada general pero también mucha gente calló.

Sentí deseos casi animales de defenderme, si alguien no entendía de que iba en mi defensa, me pareció



estimulante lanzarme a teorizar un poco:

*Por su pregunta, señor tercer juez, supongo que esto es un interrogatorio legal, que es característico del tipo de procedimiento judicial chileno, pero es solo un procedimiento judicial si es que yo lo reconozco.*

*Pero por ahora, lo reconozco, en cierto modo, solo por compasión.*

La joven me miraba, absorta, como si fuera el hombre más guapo del mundo o el más solitario y loser. El gran loser del que hablaba el intrépido Nicholas Ray.

La competencia era dura sin duda, había otros jóvenes como yo en actitud de acusados, y que también quizá en su momento atraerían la atención de Elsa Martinelli o como quiera que se llamase esta mujer hechicera.

Todo el mundo callaba, estaba solo, solamente acompañado por los inmensos ojos de esa mujer.

Se oía a estafa por doquier, se intuía una gran maquinaria de mentiras y de falsedades, arreglines, concesiones diarias, paternalismos criminales, había en el aire un tufillo asqueroso, amenazante, de una fuerza casi sobrenatural que al final controlaba todo y que nada cobraba sentido, ni el filósofo más inspirado habría podido cambiar una sola cosa en ese lugar fétido aunque horriblemente seductor. Estaba viviendo, estaba sintiendo, estaba siendo un ser humano y me sentía en la punta de la pelota por primera vez en mi vida.

Y la Martinelli que poseía ese encanto arrebatador, y mi frenético deseo sexual que latía como un adolescente por ella, todo ese estado febril y audacioso encajaba muy bien con mi actual estado de ánimo.

El tercer juez hojeaba con repugnancia y una marcada displicencia un cuadernillo de instrucción.

Me daba cuenta de que no podía granjearme su simpatía fácilmente. Lo veía hosco y cortante, como mi padre.

Mi aliento se congelaba y algo profundo como la pena venía de muy abajo y ahora el destino estaba por revelarse frente a mis ojos y a los de todos en esa pseudo-asamblea de presunta justicia enmascarada donde todos ya habían cobrado su pedazo de recompensa para sentenciarme de avanzada. Sentía ese ardor en mi estómago, y busqué a ciegas mi omeoprazol y me zampé dos con el agua del tercer juez, que me devolvió una sonrisa

ilegible, sus ojos como los de mi padre estaban tan incrustados en mi mente, podía adivinar un tono preciso y perverso, todo ello era muy visceral.

De pronto surgió en mí una cosa inmanejable, y le quité el cuadernillo al juez, de una forma despojada, anticinematográfica, antiteatral, antiliteraria, que amedrentó a todo el mundo, hasta a mí mismo.

*No sirven de nada.*

*¿Estos son los cuadernillos del señor tercer juez?*

*Siga leyendo, no me asusto en absoluto de este fútil libro de acusaciones.*

Me extrañó que el tercer juez se humillara de esa estúpida forma al recoger su libro que yo había lanzado con desdén y en pleno dominio del distanciamiento espacial contra su mesa.

*Lo que me ha sucedido es solo un caso aislado y como tal no muy importante, ya que no me lo tomo muy en serio, pero es el símbolo de un procedimiento muy turbio y muy ilegal que se ejerce contra muchos en la Región Metropolitana. A esos represento yo aquí, no a mí.*

Esa misma sensación de mierda vacía. Estaba probando eso que los a-modernistas llamaban *el poder*, y me daba exactamente lo mismo, pero seguía adelante, porque sentía mucho deseo sexual por la joven.

*La joven aplaudió y gritó Bravo, ¿por qué no?*

Eso me insufló de un aire casi afrodisíaco. Le hablaría solo a ella, qué me importaban todos los demás, si la muy bella me estaba apoyando.

*No busco el éxito como orador y tampoco está en mis manos, el señor tercer juez de instrucción probablemente hable mucho mejor que yo, forma parte de su profesión.*

*Lo que busco, amigos míos, es un debate público, la aclaración de un malentendido.*

*Escuchen: he sido arrestado hace unos diez días, yo mismo me río de este insólito hecho, pero esto no viene al caso, naturalmente. Fui apresado por dos groseros guardianes bastante desmoralizados.*

*Buscaban ser sobornados.*

*Querían mis pertenencias.*

*Me querían a mí, quizá querían mi cuerpo, me atrevo a decir.*

*Pregunté por qué estaba arrestado.*

*¿Saben qué respondió ese agente?*

*Pues nada.*

*Quizá en el fondo no había nada.*

*Pero él estaba satisfecho de haberme arrestado.*

*Esa era su absurda satisfacción.*

*Incluso lleva a tres funcionarios inferiores de mi banco que manosearon la habitación de una dama irreprochable demostrando su enorme misoginia.*

*La conclusión que yo saco era que buscaban el asesinato de mi imagen, buscaban perjudicarme en los términos que el mercado indica para acabar con un puesto que otros desean bajo acusaciones infundadas, falsas, insolventes, todo bajo el amparo de esos funcionaduchos del banco que naturalmente envidiaban mi alta posición y la gran afeción que el subdirector del banco siente aún por mí, a pesar de que han logrado horadar incluso mi percepción de él.*

*Pero no han conseguido herir mi temple.*

*Ni lo conseguirán.*

*Madame Grubach me apoya. Madame Bürnster me apoya. Mi abnegada sobrina firma por mí. Y aquella turbadora muchacha de mirada desconcertante que por el momento llamaré señorita Martinelli, también, ¿no es cierto? Esto ya es un comando, ¿no?*

*Ya termino mi discurso, dije golpeando con mi mano la mesa en forma agresiva y repentina.*

*Me iré pronto.*

*No hay ninguna duda que detrás de esta detención se encuentra una organización que no solo emplea supervisores y jueces sobornables, séquitos de escribientes, fuerzas militares, poderes fácticos, pequeña burguesía acomplejada y asidua a los fondos y medios de producción artísticos estatales, aparatos de comunicación, quizá incluso verdugos llenos de sádica vocación, que consiste en arrestar a personas inocentes e instruir contra ellos un procedimiento judicial carente de sentido. Eso se llama en jerga santiaguina: corrupción. Por eso los funcionarios a cargo del patético arresto solo buscaban pertenencias y dinero del presunto acusado y también un poco de sexo fácil. Hemos descubier-to aquí una oscura maquinaria neo-liberal que utiliza la palabra justicia para procurarse fortunas a cambio de la humillación de inocentes. Debemos admitir que es una gran idea, otro ejemplo de economía informal, en la que seguramente el poder político, el poder militar, empresarial, la cámara de diputados y de senadores, los artistas instalados,*

*todos estarán de acuerdo, pero de la cual yo me río.*

*Sinvergüenzas, les regalo todos los interrogatorios, métanselos por el ano, grité eufórico y salí corriendo de allí, refractaria puesta en escena de mi propia vida, donde abdicaba a una posible absolución de mi pena, pero me devolvía la eficacia a mi vida, un engranaje inexorable, sin cálculo, en un plano en gran angular de una tristeza inmerecida, que me dejaban como un héroe hiper sexual frente a la señorita Martinelli que corrió un momento tras de mí y luego la maniataron.*

## **ESCENA 18. AUDIENCIAS EXTERIOR INTERIOR. DÍA.**

No podía creer que hubieran tomado en serio mi renuncia a los interrogatorios, imprevisto resultado de mis propios neo-actos.

Tenía una inesperada sensación de vacío moral y físico que me atormentaba.

Todo me parecía tan insustancial, después de haberme entregado casi como un depravado moral frente a todos.

Si me hubiera escuchado mi madre.

Además, quizá ellos tenían razón, con mi estilo demasiado errático. Tampoco tenía un afán propositivo, no era que yo fuese de pronto Prhoudon y estuviera elucubrando una gran teoría de liberación.

Me bajaba esa terrible nostalgia cuando caía la capa li-sa de la escarcha en la casa de Traiguén y yo me aferraba a la estufa de leña y me sentía el niño más protegido del mundo.

Aunque después hubo un tiempo turbulento, tuve a mi hijo con mi total negativa, humillé a la pobre Elsa que la historia agranda ante mis ojos, pero era ahora que el tiempo lo estaba sacudiendo todo en mi vida.

Podría estar completamente fuera de lugar.

Vacilé un instante, quizá todo estaba reducido a una broma.

La broma era maciza, sólida y expresionista, y duraba ya demasiado, era imperioso que todos detuvieran la charada, necesitaba que se acercaran todos para decirme que estaban grabando una joda para Tinelli, de verdad estaba muy agotado, moribundo, y me aferraba a esas palabras que le decía a Elsa, *te quiero pero no te quiero; es*

*cómico pero no te quiero; soy infeliz porque soy libre, esas mierdas le dije a la dócil Elsa para dejarla plantada con mi hijo, yo quería vivir la vida a lo grande, y ahora que la estaba viviendo en plano general quería volver a los brazos de mi hijo y de Elsa. Pero había algo que me impulsaba a escapar a ese pasado asegurado y ponía mi cara de frente a este desafío novelesco.*

Así que fui nuevamente hacia allá, y la misma embriagadora aunque traviesa joven me abrió la puerta, mujer bastante paradójica con su marca infamante que le daba una furia culpable muy horriblemente sexual.

*Hoy no hay sesión*, me dijo suave la muy coqueta señorita Martinelli.

*¿Por qué no?*, y allí estaban sus intrépidos ojos como única respuesta que me mostraban la sala completamente vacía.

*Bueno, entonces me voy.*

*¿Debo comunicarle esto al tercer juez?*

*¿Lo conoce?*

*Naturalmente.*

*Mi marido es ordenanza del tribunal.*

*¿Está asombrado porque no hay sesión?*

Analiqué velozmente sus atiborrados sentimientos, vertiginosos, calidoscópicos, desde mi contra-campo lleno de barrotes.

*No, más bien estoy asombrado por el hecho de que esté casada.*

*Lo perjudicó mucho no haber terminado el discurso el otro día. La gente emitió opiniones muy negativas contra usted.*

*Es probable. Pero eso no la disculpa del hombre que la abrazó en plena sesión de interrogatorios.*

*Yo estoy disculpada ante todos los que no me conocen.*

Hizo un exquisito y muy extravagante movimiento cimbreante hacia mí, me dio pánico erótico.

*Además, el hombre que me abrazó me persigue desde toda la vida.*

*Por otro lado me gustó mucho su discurso, claro que capté solo la mitad del tiempo ya que estaba en el suelo por culpa de ese estudiante obseso sexual que se abalanzó sobre mí mientras usted arengaba a la multitud.*

*Esta vida es a veces tan repulsiva..., ¿no cree?, esa fra-*

se tan de Michele Morgan.

Me lo dijo con una ternura que me atemorizó y me cogió la mano con una frescura tan emocionante, seguramente lloré un poco, me odiaba por amarla.

*Me gustaría ayudarlo tanto*, me susurró húmeda en mis oídos.

*¿Cómo podría?*, yo estaba irremisiblemente atraído por la señorita Martinelli y su vocabulario específico.

*Por ejemplo, mostrándome los libros que hay encima*, aún mantenía mi lucidez y mi sentido del oportunismo grotesco y bestial.

*Claro que sí*, me respondió ella orgullosa de mi costado ave de rapiña.

Ella me arrastró con tanta seducción que me sentí libre, inocente, liviano, de pronto sacudido de toda pesada culpa original, si abusaba de ella ahora iba a perder todas mis prerrogativas, así que desistí y me comporté como un gentleman.

La joven le quitó el polvo a los viejos libros con su delantal, maternal, con su belleza evidente, con su espléndido cuerpo que se exponía al mundo entero, y que producía bruscos destellos de luz cenital que llevaban a recordar los inflamados filmes de Fritz Lang.

Miré los libros con ávido sarcasmo, porque eran varios Hustlers, Playboys que emergían cómicamente entre mis manos, algunos suplementos de mujeres con escasa ropa de La Cuarta, húmedos, con fotografías muy toscas y burdas aunque ciertamente excitantes y a penas decadentes.

*¿Estos son los libros que se estudian aquí?*

*¿Esta es la doctrina legal del Estado chileno?*

*¿Yo debo ser juzgado por gente así?*

*Yo lo ayudaré*, me prometió la muy preciosa.

*¿Quiere que lo ayude?*, me musitó a lo Anna Karina en **Alphaville**.

*¿Podría hacerlo de verdad, sin ponerse en peligro usted misma?*, sentí la necesidad de decirle eso.

*Sí, quiero ayudarlo, a pesar de todo, a pesar de que mi esposo dependa tanto de los supervisores, pero es algo muy fuerte que nace, ayudarlo, ayudarlo..., ¿me entiende?*

Obviamente su declaración tenía un amargo aunque cínico fondo dostoieskiano.

*Vamos, no hablemos más de mi peligro, solo temo al*



*peligro allí donde yo decido tenerlo, no acepto el 'peligro' de los demás. Ella era una suerte de anti-intelectual deconstructiva.*

Mientras nos sentábamos en el estrado, la miré por fin con tranquilidad.

Ella se adelantó cuando me dijo:

*Tiene usted unos bonitos ojos negros.*

*A mi también me dicen que tengo unos bonitos ojos negros, pero los suyos son mucho más, me llamaron enseguida la atención cuando usted entró aquí por primera vez.*

No sé por qué me sentí defraudado de ella, y dije algo doloroso, y la película de mi vida se estrelló brutalmente hacia el tema de la transferencia de la culpabilidad.

*No creo que pueda ayudarme, me pareció que emitíó un pequeño estallido de risa, la muy alborotadora.*

*Para ayudarme de verdad tendría que tener relaciones con altos funcionarios.*

*Pero está claro que usted solo conoce a los funcionarios de baja categoría.*

*Prefiero que mantenga usted su seguridad aquí adentro, con esta gente, no quiero que pierda su posición por mi culpa.*

*Para responder un poco a su cumplido, usted también me gusta mucho, especialmente cuando me mira de un modo tan triste como lo está haciendo ahora, para lo cual, por cierto, no hay motivo alguno.*

*Usted pertenece a la sociedad que yo debo combatir, pero se encuentra muy bien en ella, incluso ama al estudiante que la acosó sexualmente hace un rato, y si no lo ama, al menos lo prefiere a su marido.*

La joven me apretó la mano, verdaderamente angustiada.

*No puede marcharse ahora con ese juicio tan equivocado sobre mí.*

*¿Sería realmente capaz de marcharse ahora? ¿No me va a dar una oportunidad ahora?*

*¿No ve que sufro mucho?, lo dijo con maestría gracias a su sangre fría.*

*Usted mitiga mis dolores. No puede irse.*

Qué procedimientos más complejos los de esta mujer, y fue el momento de lo que llaman tontamente en Hollywood *el día de los primeros planos* y en el cine fran-

*cés arrogantemente, el momento de las miradas.*

*No me comprende usted, le dije, si verdaderamente le interesa que me quede aquí, me quedo gustoso, tengo tanto tiempo, vine con la esperanza de que hoy habría una sesión. Pero le ruego que no haga nada por mí en este proceso.*

*Espero no herirla con mi comentario ni que piense que pretendo festinar cualquier condena, aunque me siento bastante atraído a ese sentimiento.*

*Suponiendo que se llegue a algún tipo de resultado en este proceso, sea la inamovilidad de la burocracia, o sea alguno que otro soborno, haga que este asunto continúe, puedo garantizarle que todo será en vano, finalmente.*

*Por mi lado, no soborno nunca a nadie jamás, ni espero que nadie lo haga en mi nombre.*

*¿Realmente conoce al juez de instrucción?, le pregunté con un poco de vergüenza, de esa manera desnudaba absolutamente mi asfixiante soledad.*

*Naturalmente, me dijo con su desenvoltura tan eróticamente maligna.*

*Incluso pensé primero en ello cuando le ofrecí ayuda, con esto quiero decirle que este tercer juez de instrucción me pretende, y que por lo tanto puedo tener gran influencia sobre él. Este tercer juez escribe muchos informes sobre usted, constantemente, está obsesionado. Él me permite leerlas a cambio de que le acepte sus regalías, medias de seda por ejemplo.*

*Son unas bonitas medias... mire...*

La muy borrascosa me mostró sus apabullantes piernas.

La joven me tomó las manos y las acercó a sus piernas y las condujo hasta su sexo.

*Silencio, me dijo repentinamente.*

*Berthold nos está mirando.*

*¿Es el estudiante que la atacó el otro día?*

*No se enfade conmigo, se lo suplico, tampoco piense mal de mí, ahora tengo que ir con él, con ese horrible ser, pero vuelvo enseguida, y luego me iré con usted, si me lleva iré donde usted quiera, puede hacer conmigo lo que quiera, seré feliz si estoy lejos de aquí el mayor tiempo posible, ojalá fuera para siempre.*

Me volvió a acariciar con tanta pericia que quedé perplejo por la naturaleza y la potencia de su universo carnal.

Esa mujer me atraía hasta el límite del impudor.

Ella iba hundiéndose en mi agotada conciencia interna, que admitía rendida una tal idea del amor tan singular, me habría gustado no haberme abandonado tan fácilmente a ella, con tanta obscenidad, pero mi alma era ferviente admiradora de esta increíble criatura.

Pensé que aquella mujer de cuerpo cálido, turgente, envuelto en un traje Armani negro muy elegante y ajustado, pertenecía completamente a mí, Josef K, y comienzo en la cima de la intriga lujuriosa a hacerle el amor, afuera trueno, es de mi dominio exclusivo, todo peyorativo pero carnal, una forma extremadamente desafiante para mí, pero asumo el momento limpiamente y la poseo aunque sé que con esto sello un duro camino, cuando la escucho gemir por última vez en el estallido final, enseguida veo al alumno que se aproxima, y la señorita Martinelli se aleja de mí como si no hubiese habido nada entre nosotros y él se pega más a la joven, y la abraza, algo que me dio repugnancia. Ella la muy perra hundió su cabeza en su pecho, ¡y él la besó con fuerza en el cuello! ¡Era asqueroso!

*Sería conveniente que se marchara, K, lo veo muy impaciente,* me dijo muy amenazante el estudiante.

*Estoy impaciente, es cierto, pero ese sentimiento desaparecería si usted se fuera,* le dije temerario, un poco irresponsablemente, para probarme frente a ella, el muy tonto.

*¿Me podría devolver a esta mujer?*

*No deberían haberlo dejado entrar con tanta facilidad,* dijo criminal.

*Ha sido un error. Se lo he dicho al señor tercer juez. Deberían haberlo retenido como máximo en el hotel. Un juicio rápido, un sumario clandestino y la condena. Se le ha dado demasiados privilegios como culpable. Usted no es un culpable con pedigree, no merece tanta obstinación de la justicia. El tercer juez es a menudo muy incomprensible.*

*Palabras vacías,* miré a la mujer y me animé en plan Humphrey Bogart, y le dije, *véngase conmigo.*

*No, a ella no se la lleva.*

Y con una fuerza que nadie hubiera imaginado, el estudiante se encaramó en sus espaldas a la mujer y la miró con cierta extraña ternura.

El estudiante comenzó a acariciar a la mujer para irritarme y provocarme aún más.

Me acerqué a él dispuesto a golpearlo, incluso a estrangularlo.

*No sirve de nada,* me dijo ella suave, casi inocente, *el tercer juez me manda a buscar, no puedo ir con usted, este pequeño monstruo no me deja,* me dijo la muy pícara mientras le acariciaba su rostro.

*Y usted no deja que la suelten,* solté esas palabras como ladridos de perro despechado.

Tomé el hombro del estudiante, quien intentó mordisquearme.

*¡No!,* gritó la mujer, *¿en qué está pensando?, eso sería mi ruina. Déjelo, él está solo obedeciendo las órdenes del tercer juez.*

*Entonces puede usted irse, y no quiero verla nunca más,* dije furioso, golpeando a quemarropa al estudiante en la espalda. Aunque lo hice tambalear, el muchacho era fuerte y habiloso y logró estabilizarse y salir de allí.

Otro hombre descendió una escalera y se cruzó frente a mí.

*Usted es el ordenanza del tribunal, ¿no?,* le pregunté.

*Sí, ah, usted es el acusado, ahora lo reconozco, me da tanto gusto verlo.*

Me tendió inesperadamente la mano.

*Pero hoy no hay anunciada ninguna sesión, eso lo tiene claro, ¿no?*

Lo sé.

*He hablado con su mujer hace un rato. Ahora el estudiante se la ha llevado ante el juez de instrucción.*

*Ya ve usted, siempre se la lleva de mí.*

*Si fuese más independiente, hace rato que hubiese aplastado a ese estudiante con la pared.*

*¿Y su mujer no tiene ninguna culpa de eso?*

*Claro que sí, ella es incluso la más culpable.*

*Como ve yo estoy de manos atadas, no puedo escarmentarlo. Nadie se atreve a hacerlo. Él no solo va detrás de mi mujer, sino que de muchas. El estudiante es un cobarde, alguien debería golpearlo, los demás le temen a su poder.*

*Solo hay una persona que puede hacerlo.*

*¿Quién?*

*Usted.*

*¿Por qué yo?*

*Usted está acusado.*

*Sí.*

*No tiene nada que perder.*

*No lo crea. Pero descuide. Si se me presenta la ocasión, me haré cargo de él.*

*Le estaría muy agradecido.*

Uno intenta rebelarse siempre..., me dijo algo hastiado de todo, sonaba como un sarcasmo horrible.

Todo estaba nuevamente reducido a la misma condición humana, a una situación que me resultaba inmanejable, tenía toda clase de nauseabundos sentimientos desolados e intangibles, degustando por un lado el gran momento erótico vivido con la señorita Martinelli, que me quitaba de encima esa capa pesada de culpa, y recordaba sus palabras agresivamente pornográficas mientras la penetraba: *Lo que yo tengo te volará los sesos*, me quedaba pasmado con la noche oscura de su alma inquietante, agitado por el sonido atronador de sus palabras, y luego verla partir con ese alumno entregada a la nada, y mi proceso seguía en un punto que nadie ya podría reconocer.

Una vida dura y sombría sin duda, yo hacía exactamente lo mismo siempre, pero hay gente que jamás podrás persuadir a ser feliz, y ese era yo, uno de esos desgraciados.

#### **ESCENA 19. HOTEL INTERIOR. NOCHE.**

Luego de estos singulares acontecimientos, precedido de un miserable despecho provocado por la señorita Martinelli, del que me avergonzaba naturalmente, intenté acercarme a la señorita Bürnster, pero algo siempre se interponía entre nosotros. Era una vida dura y sombría, por un lado la sensación de vacío dejada por la señorita Martinelli y su insólita reacción, y por otra las negativas reiteradas de la señorita Bürnster.

Para olvidar a la señorita Martinelli decidí obsesionarme con la señorita Bürnster, practicando un odio visceral pero que en el fondo era en contra mía. La señorita Martinelli había sido generosa así como la señorita Bürnster, solo que debía aceptar que mi tiempo se estaba acabando y que me acercaba al fin de todo.

Pero el deseo de combatir persistía en mí, porque mi libido siempre me devolvía mi poca dignidad.

Y aunque algo tenía ese doloroso abandono que era

bello, con su sabor agrio, golpeaba su puerta noche y día, y no abría, la llamaba, no respondía, nada más cruel que esa especie de ausencia vacía, inútil; comencé a intrusar en su habitación en busca de indicios o pruebas que me llevaran hacia ella, pero eran solo bobas técnicas de oficiosos guionistas de tercera categoría, nada contundente que demostrara mi verdadero estado de alma por su súbito desprecio.

Decidí enviarle una carta, luego otra, luego un mail, luego diez, veinte, cien.

Todo lo que pudiera importunarla me atraía enormemente, buscaba bajo formas vulgares revivir ese anti-guero erotismo entre nosotros, si es que hubo alguno, pero quizá fuera nada más que esa maldita fijación cinematográfica la que me perseguía, rehuía de la luz, me sentía un vulgar atracador, me repetía esa frase cortante de mi madre *hay gente que jamás podrás persuadir*, y volvía a sentir deseos de acabar con todo, estos eran mis sentimientos y lo que era capaz de expresar después de haber amado a la señorita Martinelli y ahora mitigar mi dolor con la señorita Bürnster, reinaba esa atmósfera que parecía crepitar esa noche teñida de neblina azul y con esa brecha enorme entre yo y las mujeres que luego me despreciaban, o que yo mismo despreciaba, espejo deformante que era ser quien era yo, como si cada acto sexual pudiera resolver el enigma de mi proceso, aquella pregunta kabbalística de por qué a todo, ¿por qué era culpable?, ¿de qué era culpable?, ¿merecía castigo?, y cada vez que hacía el amor con una mujer buscaba traspasar como un maldito mi culpa a la mujer o buscaba resolver esa misteriosa pregunta.

#### **ESCENA 20. HOTEL INTERIOR. NOCHE.**

Por primera vez en cinco días vino la señora Grubach en persona a dejarme el desayuno.

No pude abstenerme de hablarle un poco golpeado, seguramente enardecido por mi mal genio, la ausencia de la señorita Bürnster, mi tórrida y disidente aventura con la señorita Martinelli, las constantes negativas de las mujeres me estaban matando poco a poco.

*¿Por qué hay tanto ruido en la antesala?*, le dije intentando mostrarme desconsiderado.



*¿No se puede parar?, afuera me aguardaba el frío cortante de la horrible y larga soledad.*

*¿Hay que hacer la limpieza precisamente el domingo?, la presencia de la señora Grubach me irritaba demasiado.*

Sentí que ella respiraba como aliviada. Mis duras preguntas eran casi una señal para ella de mi perdón por su conducta pasada. Me sentía tocado por el destino aún incomprensible.

*No se está haciendo la limpieza, señor K, lo único es que la señorita Montag, una cliente del hotel, se está trasladando a la habitación de la señorita Bürnster y está llevando sus cosas.*

*¿Ha desistido de sus anteriores sospechas de la señorita Bürnster?*

*Señor K, se ha tomado tan en serio una observación casual de último instante. Ni remotamente he pensado en ofenderle a usted o a cualquier otro.*

*Hace ya suficiente tiempo que me conoce, señor K, para poder estar convencido de ello. ¿Usted no sabe cómo he sufrido en estos últimos días!*

*¡Que yo hable mal de mis clientes! ¡Y usted señor, lo creyó!*

*Y dije que lo desahuciaría! ¡Desahuciarle a usted!*

Con la última exclamación se ahogó ya en lágrimas.

*Pero no llore, señora Grubach, no llore; lo único que pensaba era en la señorita Bürnster y que ahora venía una nueva pasajera.*

*Entonces tampoco lo dije con mala intención. Eso es, nos hemos malinterpretado mutuamente. A veces esto sucede entre viejos amigos.*

*¿Cree que de verdad que yo me enemistaría con usted por una mujer desconocida?*

*Justamente así es, señor K.*

*Una y otra vez me pregunto, ¿por qué el señor K se interesa tanto en la señorita Bürnster? ¿Por qué riñe conmigo a causa de ella si sabe que eso me aflige tanto?*

*No he dicho ni una sola palabra sobre ella que no sea de algo que yo he visto con mis propios ojos.*

Afuera sentían los pasos de la señorita Montag, la nueva inquilina arrastrando los pies con su cojera.

*¿La oye?*

*Sí.*

*Yo quería ayudarla, incluso que la ayudara la criada, pero es testaruda, quiere trasladarlo todo ella misma. Me asombra la señorita Bürnster, a menudo me resulta pesado tener como cliente a la señorita Montag, pero la señorita Bürnster incluso la acoge en su habitación.*

*Eso no tiene que preocuparle en absoluto.*

*¿Le causa algún daño por eso?*

*No.*

En ese momento alguien llamó a mi puerta, era la criada que anunciaba que la señorita Montag quería hablar conmigo. Me solicitaba que fuese al comedor, allí me estaría esperando.

Me cambié con desenvoltura mi chaqueta, un poco para humillar a la señora Gurbach, aunque no sabía por qué actuaba de ese modo tan cruel frente a ella.

#### **ESCENA 21. HOTEL. PASADIZO INTERIOR. NOCHE.**

Cuando pasé por la habitación de la señorita Bürnster me detuve en seco, y entreabrí la puerta para cerciorarme de que no estuviera ella adentro, pero no había nadie.

#### **ESCENA 22. COMEDOR HOTEL INTERIOR. NOCHE.**

La gran mesa del hotel ya estaba preparada, avancé hacia una mujer al fondo, seguramente la señorita Montag, que también se aproximaba a mí a paso lento, arrastrando su cojera que tenía algo terriblemente sexy.

*No sé si me conoce,* me dijo, con un maravilloso espíritu insurgente.

*Claro que sí,* dije embrujado por esta nueva mujer.

*Usted está alojando en este hotel desde hace bastante tiempo.*

*¿No quiere sentarse?,* dijo ella suave, atrozmente melancólica.

Nos sentamos frente a frente, deseaba transformarme en algo especial para ella con todas mis fuerzas, me llegaba directo al corazón esta mujer de carácter de fierro y de labios gélidos, de una crudeza extrema, que me dejaban exhausto de placer.

*Solo quisiera intercambiar algunas palabras con usted por encargo de mi amiga,* no fui capaz de decirle in-

mediatamente que era una mujer hermosa, con ese día desgarrado, en este breve espacio de tiempo.

*Quería venir ella misma, pero hoy se siente un poco mal. ¿Podrá disculparla y escucharme a mí en su lugar?*

*No creo que ella le hubiese dicho algo diferente a lo que le voy a decir yo.*

*Al contrario, mi impresión es que yo puedo decirle aún más que ella, ya que miro las cosas con distancia.*

*¿No lo cree usted también?, lo veía todo desde otra óptica, de pronto el ambiente se volvió tenso, me entraron ganas de quemarme junto con ella en un fuego de sexo repugnante.*

*¿Qué es lo que tiene que decirme?*

Cansado de todo, le observaba con perversión sus labios.

*Es evidente que la señorita Bürnster no quiere concederme la entrevista personal que he venido pidiéndole, rogándole, desde hace meses.*

*Así es, al decirme eso sentí que me libraba de un cierto lastre.*

*Corrijo, no es así en absoluto, no es así en absoluto, usted lo expresa de un modo especialmente duro. Por lo general las entrevistas ni se conceden ni sucede lo contrario. Puede suceder que las entrevistas se consideren inútiles, y esto es precisamente lo que ocurre aquí. Ahora puedo hablarle con franqueza.*

*Usted le ha pedido a mi amiga, por escrito o verbalmente, una entrevista, y por motivos que desconozco, está convencida de que no sería de utilidad a nadie si la entrevista llegara realmente a tener lugar. Por otro lado, no me hablé de ello sino hasta ayer, y muy por encima, incluso, dijo que hasta a usted podía interesarle muy poco esta entrevista, ya que usted mismo reconocería la falta, lo absurdo de todo esto, si no ahora, dentro de muy poco. A esto le dije que le encontraba la razón, pero que era necesario a través mío llevarle alguna respuesta suya, a lo que ella accedió de inmediato.*

*Se lo agradezco.*

*Muy bien, con esto quedará todo respondido, se apresuró en decir la señorita Montag y para perplejidad mía ella se lanzó sobre mí y no pude resistirme a sus labios criminales.*

*Inflamado por su suculencia, olvidando que había*

prometido luego de mi desengaño con la señorita Martinelli y el desprecio de la señorita Bürnster blindarme al sexo, aunque me daba cuenta que un varón debe ceñirse a los hechos, inflamar sus sentidos y adaptarse a las actuales circunstancias por todos los medios a su disposición.

Fin a la abstinencia, que en verdad había durado hartamente poco, ¿deseaba transformarme en esta especie de individuo pertinaz?, individualista?, después de esto, todo el mundo tendría una opinión errónea sobre mí, y en lugar de intentar erradicar esa idea no dejaba que nada se interpusiese entre el férreo cuerpo de la señorita Montag y mis desgarros del sexo.

En el breve espacio de tiempo que nos amamos, ella estaba en posición de ayudarme de miles de maneras frente al hervidero y el fuego en que se había transformado mi vida frente a este proceso lleno de mentiras estridentes, discurría que su gesto animal me ayudaba a entender la absurdidad de todo por lo tanto me entregaba al momento muy gestálticamente.

### ESCENA 23. INTERIOR BANCO. NOCHE.

Una tarde, estando muy ocupado con el cierre de los correos electrónicos de los asuntos del banco, cuando de improviso y suavemente entró a mi despacho, sin haberlo notado, mi muy joven y peligrosamente atractiva sobrina Erna, la hija de mi tío Albert, mi verdadero tutor, más que mi propio padre.

Es necesario que hablemos un rato a solas, querido tío.

Para mi tranquilidad, es necesario.

*¿Qué cosas he oído, tío Josef?*

*¡No me estás escuchando!*

*¿Es cierto, es que puede ser cierto?*

*¿Por qué no me lo has dicho?*

*Nos hemos visto muchas veces y nunca me has dicho nada.*

*Erna, ¿qué quieres de mí?*

*Por lo que sé, siempre dices la verdad, tío.*

*Seguramente has oído hablar de mi proceso.*

*¿Cómo lo has sabido?*

*Por mi padre, tu tío Albert. No te ocupas mucho de él,*

a pesar de lo mucho que él te quiere. El otro día vino a verte, y no lo dejaron pasar, esperó casi una hora, pero luego tuvo que irse por sus negocios. Alguien debe mantener a la familia. En cambio siempre yo soy recibida por ti, siempre me haces llegar un chocolate. Eso pone un poco furioso a mi padre, pero por tu bien, lo deja pasar. En cuanto a la visita de mi padre que te mencionaba, efectivamente estuvo una hora intentando vanamente verte, pero se lo impidieron, le dijeron que estabas negociando con un tipo, le preguntó a ese ordenanza que le impedía verte si la negociación duraría mucho, dijo que podría ser.

Dijo que podría ser, porque se trataba justamente del proceso que seguía contra el señor K. ¡Contra ti, cómo no me habías dicho nada!

Mi padre casi se desmaya...

Pero a ti parece no importante nada ni nadie.

Mi padre preguntó qué proceso era ese, si no se equivocaba, pero él dijo que no se equivocaba, que efectivamente era un proceso, pero que no sabía nada más. Que a él mismo le gustaría ayudar al señor apoderado, que consideraba que tú eras un caballero bueno y justo, pero que no sabía qué podía hacer por ti, y solo deseaba que intercedieran por ti hombres más influyentes.

Mi padre piensa que todo podría arreglarse, pero me ha pedido que te visite, ya que a mí no se me prohíbe verte cuando él no sabe que yo me cuelo por el banco, sin que nadie me vea.

¿Qué dices ahora, tío?

Es cierto, dije.

¿Cierto?

¿Qué es cierto?

¿Qué clase de proceso?

¿No será un proceso criminal?

Un proceso criminal.

¡Y estás tan tranquilo!

Mientras más tranquilo, mejor es el desenlace.

Josef, Josef, me dijo dulcemente mi embrujadora sobrina tomándome entre sus manos y besándome la frente, solo dime de qué se trata para poder ayudarte, dímelo. Y mi sobrina se lanzó llena de ternura a besarme, y como siempre, yo no oponía ninguna resistencia.

Estarás más calmado. Ahora puedes contarme, me dijo la muy pícaro.

Ante todo, no se trata de un proceso ante un tribunal ordinario.

Tengo que llevarte donde el abogado Huld, amigo de mi padre.

Pero antes de que te conduzca hasta su casa, quiero que me cuentes todo. Todo. Mientras me cuentas yo te relajaré un poco.

Y comenzó, como siempre, a desnudarme.

Nuevamente impulsado por una fuerza oscura, algo me invitaba a adentrarme en ese nuevo torbellino sexual, pero capté toda la idea kabbalística, porque en la medida que ponía todos mis sentidos en satisfacer a estas mujeres, más sentía que iba resolviendo el enigma de mi proceso, aunque a veces me daba cuenta de que hacía todo esto para ver hasta dónde era capaz de transgredir todo lo aprendido de mi desafortunado padre, la cosa estaba perfecta, no la toques decía una parte de mi conciencia, es tu sobrina, y otra me decía, tócala, es solo una mujer más en este fétido mundo y tú no eres precisamente quien va a corregir los defectos de la nomenclatura moral del universo. Pero me sentía impulsado por una gran misión, la de liberar a estas ninfómanas neo-marxistas de su trauma del abandono del padre y de la competencia maternal, y si era en algo bueno, era en ese tipo de neurosis, algo me indicaba que cada vez que las satisfacía, estaba librándolas de su espantoso mal de la enfermedad del amor, la peor de las enfermedades y quizá todo esto iba a redundar a favor de mi proceso.

¿Iba el señor juez a considerar mi aporte a la democracia con la salvación sexual y emocional de estas damas post-marxistas heridas por el abandono familiar?

¿Descontarían unos cuantos añitos a mi condena este servicio a la Patria?

Mientras seguía salvajemente penetrando a esta chica de maravilla y al mismo tiempo aterradora, ella estaba pletórica, se sentía hinchada de una libertad atragantadora, alcancé a oír su bramido final orgiástico, me gustaba su peso encima mío, *estoy contigo en todo*, me dijo la muy dulce y me estremeció, pero, ¿qué iba a hacer yo después de todo su sacrificio?, siempre veía a las mujeres sacrificándose por mí cuando me entregaban sus vulvitas sagradas, afuera el frío penetraba como una larga espera del proceso que seguía marcando las horas,



los minutos, y que este acto sexual animal disipaba falsamente, mi sobrina incestuosa revolcó su cabeza entre mis piernas en busca de no sé qué, la tengo aún como imagen congelada de la buena época de los filmes de Roman Polanski, *ya vendrán muchos días en los que todo cobraría sentido*, me comentó quieta, tan parecida a Natassia Kinski en **Tess**, este vuelco insólito en mi vida, transformado en un playboy, durante años encerrado en mi oficina a la que me había condenado mi padre, entonces yo mismo había estado engañándome hasta entonces, y me decía a mí mismo:

*Las cosas que debo hacer por Chile.*

Esa frase me disgustó, parecía una copia a la frase de Bond *The things that I have to do for England*, mientras le hacía el amor a las deliciosas espías.

Tendría que depurar mi estilo.

El método funcionaba de manera cíclica, pero la buena de mi sobrina reía con esa sordina maravillosa y embriagante, mientras me ofrecía haschisch.

*No sé por qué sufres tanto, Josef*, me decía mientras me peinaba a lo Bono.

*Eres poderosa como la reina Esther*, le dije como siempre poco inspirado.

*Te noto espléndido, eres mi medida perfecta, deja a todas esas otras mujeres, y quédate conmigo. Stay with me.*

*Te haré llevar una vida sedada, sin sufrimientos*, me embaucaba la muy voluptuosa.

*Te muestras tan comprensiva conmigo y soy un patán.* No quería precipitarme, al fin y al cabo estaba prohibido según la Torá tocar carne de mi carne, pero no conseguía sacármela de la cabeza, sentía que todo eso me levantaría mi castigo.

*¿No ves ni un ápice de santidad en mí?*

*¿Cómo?*, replicó ella con su bella lengua, pero yo no le estaba hablando a ella, ni siquiera al mundo, ni al absurdo que me rodeaba, ni a los jueces, ni a las tardanzas de la ley, ni al sistema neo-liberal que muy pronto con la ayuda de Dios iba a acabar y morir, le estaba hablando a mi neo-padre querido y odiado y temido, su sombra que me acechaba día y noche, pulsando su secreto castigo, porque ahora lo entiendo todo, es él quien me maquinó todo, es él quien me empujó en este laberinto de sinsentido y de culpas, por eso no logro huir, es su fuerza contra

la mía, es el emperador el más fuerte de todos, él tiene en sus manos esos rayos del desprecio y de la ira, y del desdén, *padre, por qué me has abandonado*, clamé en el más puro estilo normanjewiano, esa boba pero super romántica ópera Rock producida por judíos y dirigida por uno que se hizo pasar por judío, Norman Jewison, me habría gustado haber escuchado a Erni cantarme **I don't know how to love you**, cosa que hizo, de repente era una escena de ópera rock-absurda, pero no por eso menos bella, ambos convivimos ese momento, y luego Erni, que era increíblemente afinada, me cantó *I've been living to see you, I've been living to die for you*, y lloramos desperdigadas almas solitarias, sin duda alguna vez alguien que pudiera haber sido mi esposa, mi mujer, la mujer de mi matrimonio chileno-yiddish, esa era ella, una mujer de una dureza inquebrantable.

La amaba, ella me amaba, y lo dejamos todo esa noche, ella no tenía un ego colosal, destilaba una pasión extraordinaria casi mística.

*Neo-Padre...*, ¿servirá todo este amor para anular mi condena?

*Post-Padre...*, ¿me permitirás no morir?

Sentí el sonido del shofar a lo lejos, quebrantado, y miré el cielo como una bóveda negra, y nunca me sentí más solo en mi vida, sin mi madre, que había fallecido hace un par de años y de lo que nunca iba a reponerme, ya les dije, sufría del síndrome de Elvis Presley, y qué tenía y mi padre, el eterno ausente, y deseé morir en los brazos de esa mujer. Era una muerte bella, ritual, judeo-cristiana, mientras el mundo podía escrutarme sus inmensos ojos, la magia se había esfumado, el haschich ya no hacía efecto, todo era un espectáculo de obscenidad festiva.

Había alguien llorando en el regazo de otro alguien: el que lloraba era yo.

La atmósfera cargada de duelos pasados, amoríos de otras épocas, no lo ves, pero todo está ahí.

Esta mujer traiguenina era mi mujer, y no cambiaría eso por nada del mundo.

Pero eso no iba a durar mucho porque deseaba cambiar el sistema procesal chileno por un sistema progresivo de libertades individuales, donde se disolviera el poder estatal, el poder privado, el poder de las capas artísticas, muerte a todas las elites, el auto-gobierno, y yo

sería el portavoz de tamaño discurso, y para eso debía despreciar a Erni. Una mujer enamorada no puede convivir con un neo-caudillo desencajado.

Yo iba a entregar la justicia en las manos del pueblo, la gente iba a administrar su suerte y los poderosos tendrían su propia puta justicia, pero esa justicia nosotros no íbamos a reconocerla jamás.

Volveríamos al concepto de Kibbutz que alimentó a Israel cuando pudo haber sido una nación socialista bíblica en los años sesenta. Nadie era dueño de nada, nadie era dueño de nadie, todos tenían que probar todos los días que eran íntegros y buenos de alma. Todo eso se había acabado por el deseo del poder que alimentaba el hambre de mujeres y hombres por igual.

Al final, cuando todos encontraban su poder, se preguntaban, *¿para qué queríamos el poder?* No lo sabían, y seguían paroxísticamente buscándolo, pero con la fractura de la familia ya consolidada.

Yo iba a cambiar todo eso.

#### **ESCENA 24. CALLE EXTERIOR. NOCHE.**

Erna me dejó en la puerta de la casa del abogado y yo le rogué que me dejara solo, y así lo hizo, no sin antes besarme intensamente, y luego la vi partir despreocupadamente, lo que le confería un aire precipitado y muy sexy, sin duda mi sexo-dependencia iba en ascenso, la observé un rato alejarse en su mountain bike de segunda mano y me acordé de mi teléfono celular con precaria cámara de video y la registré, pero tampoco ese gesto paternal permitía que se me levantara el castigo.

Mi sobrina había sido muy buena conmigo, me había dicho las cosas más maduras de la tierra, como si fuera una joven con mente de una anciana de cien años, pero yo sentía en mí ni un ápice de santidad.

Probablemente puedes manipular tus sentimientos e inventarte una serie de buenas excusas, si eres un buen mistificador puedes pulsar las teclas adecuadas y controlar a todas las mujeres del mundo, las mujeres al final saben que no tiene sentido oponer resistencia a un narciso.

Ambos convinimos al despedirnos que la nostalgia era nuestra enemiga y que la vida nos daría revancha. De-

finitivamente mi sobrina llegaría a ser letrista de rock and roll, era muy inspirada para su corta edad.

#### **ESCENA 25. EXTERIOR INTERIOR CASA DE ABOGADO. NOCHE.**

Me pegué a la mirilla de la puerta de la casa del abogado, y dos grandes ojos negros me observaron desde dentro con tal intensidad que me sentí desvanecer.

Luego volví a llamar a la puerta.

De nuevo aparecieron esos increíbles ojos, ahora podría decir que eran casi tristes pero muy bellos.

*Abra, le pedí.*

*Lléveme donde el señor abogado, vengo de parte de mi tío Albert K.*

La puerta se abrió.

Me encontré frente a esa muchacha de ojos perturbadores y de delantal blanco, con una linterna en la mano, tenía esa pluscuamperfecta manera de vaciar a los hombres que siempre me sedujeron.

*El señor abogado está delicado de salud, dijo susurrante la muchacha, que parecía saber jugar muy bien su juego.*

Yo no podía sacarle los ojos de encima, ella también poseía ese don del conocimiento íntimo, ángel y déspota del erotismo.

*Es una enfermedad del corazón, ¿me entiende?, me dijo casi irónica, aunque manteniendo su espíritu lleno de un remordimiento glamoroso.*

#### **ESCENA 26. HABITACIÓN CASA.**

Leni, la bella enfermera, con su linterna profesional, ilumina al abogado, que permanece recostado en la cama.

*¿Leni, quién viene contigo?, preguntó el abogado con un vozarrón bestial, animalesco.*

*Es Josef K, el sobrino de tu amigo Albert K, musita coqueta, con su impronta insurgente, casi una guerrillera del amor. Ahora se me cruzó en la cabeza la perturbadora Romy Schneider del filme del insurgente Orson Welles.*

*Ah, su sobrino, murmuró con un sarcasmo atroz el abogado.*

Y volvió a echarse sobre la cama con su olímpico desprecio, haciendo un poco de cine de autor de los sesenta con circunspección, bueno, pensé en una frase memorable de mi padre, quizá la única vez que hablé con él, *hay que excusar a los solitarios*. Como yo mismo, además.

*¿Se siente mal?*, pregunté un poco para romper el complejo ambiente.

*No es nada, solo respiro con dificultad segundo a segundo.*

Leni observaba con su espléndida mirada vaga, atormentada, que cada vez me embrujaba más y más.

*Y Leni me cuida muy bien*, dijo sonriendo con demasiada picardía para mi gusto.

*Señorita Leni, ¿puede dejarnos a solas un rato con el señor abogado?*, dije esto quizá porque la joven me gustaba demasiado y me daba mucha vergüenza confesar mi inexplicable caso ante ella, tenía la extraña necesidad de sentirme inocente frente a ella, estaba harto de todo. Leni se retiró, hermosa, incandescente, como si flotara en el ambiente, me recordaba la insidiosa aunque inmanente película del libidinoso y sabio cineasta Federico Fellini, **Ocho y medio**, con Claudia Cardinale corriendo descalza frente a los ojos de Guido, aunque Leni era definitivamente más parecida a la deliciosa caudilla y con ese criminal sex appeal de Romy Schneider de **El proceso** del volcánico Orson Welles.

Vi con mis propios ojos cómo el abogado de pronto adquirió una fortaleza inesperada y se apretó a ella en su forma tan llena de malditas insinuaciones, y acariciándole su santa mano, dejó caer esta respuesta:

*Puede decirlo todo ante Leni*, era sin duda un neo-Orson Welles que había vuelto en gloria y majestad para alegrar esta monotonía insufrible llamada sociedad neoliberal.

*En lo que concierne a su caso, señor K, ojalá mis fuerzas pudieran con tan extraordinario proceso, en todo caso, como siempre ha sido en mi vida, no quiero dejar de intentar nada, podríamos recurrir a otros. Para ser sincero, el asunto me interesa demasiado como para atreverme siquiera a renunciar a él.*

*Si mi corazón no lo resiste, al menos será una ocasión digna de haber dado con todo por todo. ¿No lo cree así, señor K?*

No lograba comprender el singular lenguaje del abogado, miré a la envolvente Leni para intentar encontrar algún significado a todo esto, ella estaba ahí con su enorme linterna, pegada a él, asentía, o jugaba a asentir todo lo que el abogado decía, y me instaba a lo mismo con sus inmensos ojos perturbadores.

*¿Qué es lo quiere exactamente, señor K?*

*Cómo sabe usted sobre mí y mi proceso*, le pregunté.

*Ah, soy abogado, me muevo en círculos judiciales, se habla de diversos procesos y los más interesantes se retienen en mi memoria, en especial cuando conciernen al sobriño de un amigo.*

*¿Usted me mueve en esos círculos judiciales?*, inquirí majaderamente.

Sí, dijo con extrema y desarmante simpleza el abogado.

*¿Con quién debería relacionarme, si no es con gente de mi profesión?*

Sonó todo de un modo tan concluyente que no me atreví a contradecirlo.

*Tiene usted que pensar*, comenzó diciéndome con su extraordinaria parsimonia sureña que me recordaba a mi temerario aunque carismático padre, el dueño del banco, *tiene usted que pensar que de tales relaciones saco también grandes ventajas para mi clientela, y está claro que en muchos aspectos de los que siempre no se puede hablar. Como es natural, estoy ahora un poco impedido a causa de mis recientes infartos, pero a pesar de todo recibo visitas de buenos amigos del tribunal y me entero de algunas cosas. Me entero quizá de más cosas que algunos con perfecta salud que se pasan el día entero en el tribunal. As, por ejemplo, dentro de un rato tendré la visita muy agradable de un santo de la corte.*

En ese momento exacto un ruido procedente de la sala, como de porcelana que se rompía, se dejó escuchar con aspavientos.

*Voy a ver qué pasa*, le dije al abogado, en una magnífica ocasión para sacarme su agobio de encima por un rato.

## ESCENA 27. ANTESALA INTERIOR. NOCHE.

Me dirigí hacia la antesala y caminé un poco en la penumbra, hacia una sala grande que veía con la puerta



entreabierta, puse mi mano en la puerta y la mano de la incandescente Leni cubrió la mía inesperadamente.

*No pasa nada, susurró.*

*Tan solo he tirado un plato contra la pared para que usted saliera.*

*Yo también he pensado en usted, dije muy desconcertado aunque lleno de una irrefrenable y devoradora pasión.*

*Tanto mejor, me dijo muy pero muy desenvuelta.*

*Venga, me indicó ligeramente dominante, aunque yo no quería precipitarme.*

### **ESCENA 28. BUFETE DEL ABOGADO INTERIOR. NOCHE.**

Caminamos hacia una puerta de cristal opaca, que Leni abrió coquetamente.

*Entremos.*

*Es el despacho del señor abogado.*

*Aquí, me dijo, y se sentó en un sillón mullido y confortable con sus piernas al descubierto.*

*Eché una mirada ansiosa a Leni y me senté a su lado.*

*Ella se pegó, pecaminosa, aunque muy encantadora, demasiado.*

*Primero pensé que vendría a verme sin que yo tuviera que llamarlo. Ha sido para mí un poco incómodo. Al principio no dejaba de mirarme, luego me olvidó y me hizo esperar. Le ruego que me llame Leni inmediatamente.*

*Su voz tenía algo de maliciosamente maternal.*

*Con gusto. Pero antes quisiera aclarar que si bien es cierto que soy atrevido soy bastante tímido. Y usted no parecía dejarse conquistar fácilmente. Quiero decir que la respeté, Leni.*

*Leni me rodeó con sus brazos con una sonrisa misteriosa y letal, y con ese pequeño gesto ganó una cierta superioridad sobre mí. Aunque las mujeres que me gustaban siempre terminaban dominándome fatalmente. Decidí callar.*

*Al frente había un cuadro de lo que me pareció era un juez*

*Rompí el silencio con esta pueril observación:*

*Quizá este sea mi juez.*

*Lo conozco.*

*Viene muy seguido para acá.*

*Leni apoyó su cabeza en mis hombros, mimosa.*

*¿Qué categoría tiene?*

*Es el tercer juez, está a cargo de su caso, naturalmente.*

*De nuevo solo juez de tercera categoría.*

*Los altos funcionarios se esconden, me lamenté como un niño.*

*¿Por qué tiene que pensar siempre en su proceso?*

*Es probable que quizá piense muy poco en él.*

*Es usted demasiado inflexible, eso he oído.*

*¿Quién ha dicho eso?*

*Sentía el cuerpo de Leni sobre mí y su pelo trenzado que me invadía.*

*Traicionaría demasiadas cosas si dijera eso.*

*Josef, confiese. Debe confesar. Entonces recibirá ayuda, yo lo ayudaré. Pero antes, confiese.*

*Entiende mucho de este tribunal y de las tretas que son necesarias aquí, le dije mientras ella se apretaba más y más a mí, y comenzaba a sacarse la camisa sudorosa y me acercó hacia ella con una fuerza insólita, y comenzó a hacerme el amor con una bestialidad embriagadora y al mismo tiempo llena de una ternura voraz y sentí que era succionado por su ser resueltamente especial y que me extraía mis raíces más secretas, en el sexo Leni con su apariencia frágil era sin embargo robusta como un tanque militar, no eres capaz de redimir a nadie, tranquilo, me decía bondadosa, recordé vagamente a mi madre que me acariciaba todas las noches, imperaba en esa época en Traiguén un sentimiento de limpieza diría yo, que Leni me devolvía, o así lo sentía yo, todo en ella era sin envoltorio, me aprovechó al máximo mi potencial, todo lo que estaba viviendo con el atragantador cuerpo y alma de Leni era bigger than life, sin duda.*

*Pero rápidamente entendí que todo mi proceso seguía en un punto de inercia irresponsable, que cada vez que le hacía el amor a una de estas mujeres embrujadoras, era como zambullirme en una piscina repleta de marihuana, no resolvía nada, los enigmas seguían cruzando mi mente, los expedientes seguían acumulándose, ella era todo terreno, mientras me hacía el amor respondía el celular, ponía discos, bailaba, me daba consejos, hablaba con el jardinero a través de la ventana, sanaba mi frustración, era capaz de escucharla por horas y horas, me cantó*

**I wish you where here**, yo le canté **Like a woman**, ella me cantó todo Leo Dan, la escuchaba mucho, ella se hacía cargo de mi cuerpo entero como una pantera pero más que nada, buscaba cariño más que sexo.

Yo era bueno en eso con las mujeres, sabía hasta dónde llegar con la carne, con la piel, con el roce y también con el sentido del humor, me reía de todos y de mí y de ella. Ella me observaba como una crítica de teatro, sería, no le interesaba mi humor en absoluto, le producía piedad, eso era sexy para ella.

Cayó una lluvia intermitente y ella se aferró a mí como si fuera mi propia hija.

### ESCENA 29. DESPACHO DEL ABOGADO. NOCHE.

*¿Y si no confieso?*, le dije al finalizar nuestro arrebatado acto sexual, fue algo que se me ocurrió de golpe, que se me antojó genial, transversal, pragmático. Pero tampoco esa idea conseguía que me levantara el castigo.

*¿Entonces no podrá ayudarme?*, era una pregunta legítima, ¿o no?

*Entonces no podrá ayudarme*, me respondió insuflando magia a todo.

*Pero usted no quiere mi ayuda en ningún sentido, es testarudo y no se deja convencer. ¿Tiene usted una amante?*, me preguntó con amargura infinita.

*La verdad es que sí.*

*Sí, naturalmente*, remedó ella inconsolable.

*Aquí llevo su fotografía.*

*Usa el vestido muy apretado*, ya lo sabía, siempre se lo había hecho notar a la pobre Elsa.

*No me gusta. Es torpe y no es delicada. Pero seguramente con usted es dulce y cariñosa. Las mujeres tan altas y fuertes a menudo no saben otra cosa que ser dulces y afectuosas.*

*Pero dígame, ¿podría ella sacrificarse por usted?*, me preguntó con su majestuosa elegancia moral que me había atravesado.

*No. Ni es dulce ni afectuosa, ni menos se sacrificaría por mí*, le respondí melancólico.

*¿O sea que no es su amante?*, ¿y si la besaba ahora?

*No retiro mis palabras*, me saqué el delicado momento de esa manera.

*Puede que sea ahora su amante, pero no la echaría demasiado de menos si la reemplazara por mí, por ejemplo*, me dijo eso y me dejó como tirador en medio de la nada.

*Correcto*, le dije sonriendo, ya que comenzaba verdaderamente a gustarme esta chica traviesa y audaz.

*Pero tiene una ventaja sobre usted. No sabe nada de mi proceso, y aunque supiese algo, no intentaría que confesara, como usted lo hace conmigo.*

*Eso no es una ventaja.*

*¿Tiene algún defecto físico?*, me interrogó enardecida aunque gozadora.

*¿Un defecto físico?*

*Sí. Yo misma tengo este defecto, mire*, afuera comenzaba a centellear el sol, me salpicaba la fuerza de la luz y derramaba ese líquido que expulsan mis pupilas contra esos fogonazos.

Para mi sorpresa aunque no del todo desagradable sino más bien compasiva, ella me mostró su mano y separó los dedos del corazón y anular de su mano derecha, entre los cuales el pliegue interdigital llegaba casi hasta la articulación superior del dedo más corto.

Le tomé su singular mano con arrebato y fervor como para demostrarle rápidamente que la admitía tal como era.

*Qué juego más fascinante de la naturaleza*, mi frase desató una tormenta en ella, pero fue una tormenta sanadora.

*Qué mano más bonita*, no se me ocurrió de qué otra manera piropearla, cuando le dije eso sufrió un cambio peculiar, estaba radiante.

Le besé su mano como quien besa a una Diosa.

*Me ha besado mi horrible mano. ¿Es usted un santo?*, parecía estar en llamas.

Ahora que la tenía tan cerca de mí nuevamente alcancé a percibir que salía de ella un olor amargo y excitante, como de pimienta, Leni me besó largamente y jugó con mis cabellos.

*Me ha cambiado completamente. Mire, ahora me ha cambiado*, gritaba eufórica, incomprendible.

*Ahora me perteneces*, dijo finalmente Leni con esa sonrisa que tanto temo en ciertas mujeres fascinantes. *Mira, ahora soy capaz de sacrificarme por ti completamente, hasta la misma muerte*, sentenció con una voz baja,

temperada, de mil años de antigüedad.

*Aquí tienes las llaves de la casa. Ven cuando quieras.*

Me besó nuevamente, poderosamente, me envicia-  
ba esta mujer.

En pocos minutos otra vez estábamos haciendo el amor ya en el desquicio, me sentía algo abrumado, necesitaba salir de esa casa, me dio asco recordar que el abogado estaba en la otra habitación, pero ella se alzaba sobre mí como una Diosa egipcia del amor y me entregabas sus claves de felicidad, era como zambullirse en aguas profundas y cálidas.

Pero mi proceso no se afianzaba, no progresaba, no tenía respuesta, pero debo admitir que a cada mujer que conocía, mi vida adquiría un significado, absurdo, lo reconozco, pero que arrancaba de raíz esa sequedad con la que había vivido los treinta primeros años de mi vida.

Era así, el proceso me había permitido el lujo de conocer a las mujeres más extraordinarias y temerarias de mi vida.

Ahora podía considerarme un verdadero hombre, descendiente de Adán, un benadam. Pero también seguía sin descifrar las cosas ocultas de este puzzle inmenso llamado mi proceso, el cual ocupaba buena parte de mis días, del cual recibía incluso un honorario absurdo e ilegal ciertamente, firmado por el Intendente, asunto que yo llevaría algún día a la justicia, porque el estado financiaba al acusado, me pareció que todo eso ejercía un influjo que me enardecía pero al mismo tiempo me inspiraba.

### **ESCENA 30. CASA DEL ABOGADO INTERIOR. DÍA.**

Estaba tocando en la puerta del abogado y Leni deploraba en abrirme.

Finalmente dos ojos miraron a través de la rendija, pero no eran los de la joven.

Escuché la voz de un hombre decir:

*¡Es él!*

Por fin la puerta se abrió y vi a Leni correr con su comisión hacia adentro de la casa, mientras un hombre bastante maduro y bajo, con los suspensores caídos, tenía la linterna en la mano.

*¿Es usted empleado aquí?*

No.

*No soy de aquí, el abogado es solo mi defensor, estoy aquí por un asunto judicial.*

*¿Sin chaqueta?*

*Ah, disculpe.*

*¿Leni es su amante?*

*Ah, Dios, no, no, no, ¿qué se piensa usted?*

*¿Cómo se llama usted?*

*Block, comerciante Block.*

*¿Ese es su verdadero nombre?*

*Claro que sí, ¿por qué tiene dudas?*

*Pensé que podría tener motivos para ocultar su nombre.*

Seguimos caminando por la ancha casa, hasta que K se detuvo frente al despacho del abogado, y le gritó:

*¡No tan de prisa!*

*¡Alumbre aquí!*

Quería encontrar a Leni, pero había desaparecido. De pronto, iluminó el cuadro del juez.

*¿Lo conoce?, le pregunté.*

*Es un juez.*

*¿Un alto juez?*

*Es un alto juez.*

*No tiene usted muy buena vista. De entre los jueces de instrucción este es el más bajo de todos.*

*Ahora recuerdo. He oído hablar de eso.*

*Pues claro, olvidé que naturalmente usted tiene que haberlo oído ya.*

*¿Pero por qué? ¿Por qué?*

*¿Usted sabe dónde se ha escondido Leni?*

*No, pero debería estar en la cocina haciéndole una sopa al abogado.*

*¿Por qué no lo dijo enseguida?*

*Yo quería llevarle hasta allí, pero usted a gritos me hizo retroceder de nuevo.*

*Se cree usted muy listo.*

*¡Bueno, lléveme allí!*

### **ESCENA 31. COCINA INTERIOR. DÍA.**

Leni, resplandeciente como siempre, estaba preparando una comida.

*Buenas noches, señor Josef.*



*Buenas noches.*

*¿Quién es este hombre?, pregunté sobre el apetitoso hombro de Leni.*

*Leni me rodeó con una mano y con la otra revolvió la sopa.*

*Es un pobre comerciante, es un hombre digno de lástima.*

*¿Es tu amante? ¡Estabas semi desnuda!*

*Ven al despacho, te lo explicaré todo.*

*Caminaron al despacho, ella intentó besarlo.*

*No, no quiero que me beses ahora.*

*Josef, ¿no estarás celoso del señor Block?*

*Leni rió a carcajadas, aprovechó la distracción para colgarse a K.*

*Déjalo ahora, ya ves la clase de hombre que es. Me he tomado un poco de interés por él porque es un cliente importante del abogado.*

*¿Y tú? ¿Aún quieres hablar con el abogado?*

*Si quieres te anuncio, te advierto que ayer tuvo uno de sus ataques.*

*Pero si te quedas, pasas la noche conmigo.*

*Además hacía tanto tiempo que no venías a verme.*

*Incluso el abogado ha preguntado por ti.*

*¡No descuides el proceso!*

*Yo también tengo que comunicarte varias cosas que me he enterado, pero primero debes sacarte el abrigo.*

*Debo anunciarte primero o antes le sirvo la cena.*

*Anúnciame primero. Bueno, llévale primero la cena.*

*Tiene que coger fuerza para la entrevista conmigo.*

*¿Usted también es cliente del abogado?, le dijo el hombre bajo.*

*¿A usted qué le importa?, le respondí demasiado enfadado.*

*¿Se quieren callar?, dijo Leni, autoritaria.*

*Ya te anunciaré el gran momento en que estarás conmigo, le dijo Leni.*

*Anda, vete de una vez.*

*Me quedé a solas con ese tipo poca cosa.*

*¿Es usted cliente antiguo del abogado?*

*Sí. Un cliente muy antiguo.*

*¿Cuántos años hace que él le defiende?*

*No sé en qué sentido lo dice.*

*En asunto de negocios, el abogado me defiende desde*

*que me hice cargo del negocio, o sea desde hace unos veinte años; en mi propio proceso, al que usted se refiere supongo, me defiende desde hace cinco años.*

*Sí, bastante más de cinco años.*

*Aquí tengo todo anotado, si usted quiere, le digo las fechas exactas.*

*Es difícil retener todo.*

*Es probable que haga mucho más tiempo que dura mi proceso, empecé poco después de la muerte de mi esposa. Y de eso hace más de cinco años y medio.*

*Me acerqué más a él para contribuir un poco a esa falsa intimidad.*

*¿O sea que el abogado también lleva casos corrientes?*

*Claro.*

*Incluso se dice que en esos casos es más hábil que en los otros.*

*Se lo ruego, no me traicione.*

*No, no soy un traidor.*

*Es que él es muy vengativo.*

*Seguro que no hará nada contra un cliente tan fiel.*

*Oh, sí. Cuando está furioso no hay distinciones, por otra parte, en realidad no le soy fiel.*

*¿Cómo que no?*

*¿He de confiárselo? Se lo confiaré en parte, pero usted tiene que contarme también un secreto para que estemos mutuamente unidos frente al abogado.*

*Es usted muy precavido.*

*Pero yo le diré un secreto que lo tranquilizará por completo. Así pues, ¿en qué consiste su infidelidad con respecto al abogado?*

*Tengo... Tengo... otros... abogados... además de él.*

*Eso no es tan grave.*

*Aquí sí.*

*No está permitido. Además, ¡tengo cinco abogados!*

*¿Cinco?*

*Y ahora me estoy consiguiendo un sexto picapleitos.*

*¿Para qué necesita usted tantos abogados?*

*Los necesito a todos.*

*Ante todo, lo que no quiero es perder mi proceso, eso es evidente.*

*He gastado todo mi dinero en este proceso.*

*Incluso estoy viviendo en esta misma casa en un cuarto al fondo para trabajar en mi proceso día y noche.*

*Una de las supersticiones por ejemplo que circulan es que es posible leer si alguien será declarado culpable o inocente solo mirándole en la cara.*

*Lo vi venir al tribunal, estaba entre la gente, usted no me vio. Hace muchos años que vengo a estos juicios, al principio era muy excitante puesto que era de mí de que se trataba, tal como fue de usted al inicio, pero luego de un tiempo ya nadie se ocupa de uno.*

*¿Qué dictamen vio la gente en mi cara?*

*Por la forma de mover los labios será declarado culpable, y muy pronto. Pero le repito, supersticiones, no debería preocuparse.*

*En ese momento entró la turbulenta Leni.*

*¿Me has anunciado?, le pregunté desenvuelto.*

*Por supuesto. Te espera. Deja ahora a Block, ya basta de conversaciones entre ustedes.*

*¿Se queda usted aquí?*

*El comerciante vive aquí. Tiene acceso al abogado cuando quiera.*

*Como tú. Solo tú. Eres una excepción. Somos tus amigos. Al menos yo lo único que quiero es que me quieras.*

*¿Que te quiera?*

*Señor K, no ha cumplido con su promesa. Iba usted a contarme un secreto a cambio del mío.*

*Sí, es cierto. Ya casi no es secreto. Les diré. Ahora iré donde el abogado a despedirlo.*

*¡Lo despide!, repetía el comerciante angustiado, perplejo.*

*Despide al abogado, repetía una y mil veces y daba vueltas.*

*Corrí hacia la habitación del abogado a pesar que Leni intentó detenerme con mucha violencia.*

*De pronto todo se había transformado en algo peligroso.*

### **ESCENA 32. CASA DEL ABOGADO INTERIOR. NOCHE.**

*Hace ya mucho tiempo que lo espero, dijo el abogado sonriente.*

*Me voy enseguida.*

*En lo sucesivo no lo dejaré pasar a estas horas.*

*Esto que me dice me sirve para lo que quiero decirle.*

*Siéntese.*

*Si usted lo desea.*

*Me ha parecido que usted ha cerrado la puerta con llave.*

*Sí, ha sido a causa de Leni.*

*¿Ha vuelto a ser impertinente?*

*¿Impertinente?*

*Sí.*

*Usted ya se habrá dado cuenta de su clase de impertinencia, ¿no?*

*Es casi infantil.*

*Mucho mejor. De lo contrario habría tenido que disculparme ante usted. Ella es bien singular... que dicho sea de paso, la he perdonando hace mucho tiempo, y de la que tampoco hablaría si usted no hubiera cerrado la puerta con llave. Esta singularidad debería explicársela a usted menos que a nadie, pero me mira usted tan perplejo que voy a hacerlo: esta singularidad consiste en que Leni encuentra hermosos a todos los acusados. Se pega a todos, los quiere a todos y, en efecto, parece que todos la quieren, para entretenerme a veces me cuenta cosas al respecto, si lo permito. Yo no estoy tan acostumbrado de todo esto como usted lo parece, si tiene un buen ojo clínico a menudo se encuentra efectivamente hermosos a los acusados, sin duda es un fenómeno curioso, relacionado en cierto modo con las ciencias naturales. Como es natural, a consecuencia de la acusación no se produce un cambio claro y perfectamente detectable en este aspecto.*

*No es como otros asuntos judiciales, la mayoría siguen haciendo su vida normal, y si tienen algún abogado que se ocupa de ellos, el proceso no les entorpece para nada. A pesar de todo, aquellos que tienen experiencia en ello son capaces de reconocer a los acusados, uno por uno, en medio de la mayor muchedumbre.*

*¿En qué?, preguntará usted.*

*Mi respuesta no va a satisfacerle.*

*Los acusados son precisamente los más hermosos.*

*No puede ser la culpa lo que los embellece –pues, debo hablar al menos como abogado– no todos son culpables, tampoco puede ser el justo castigo el que los embellezca ahora, pues no todos serán castigados; o sea que la razón solo puede estar en el procedimiento levantado contra ellos, de algún modo inherente a su persona. Por otra parte, entre los hermosos los hay especialmente hermosos. Pero todos son hermosos, especialmente Block, ese gusano-miserable.*

**ESCENA 33. CASA DEL ABOGADO INTERIOR. NOCHE.**

¿Ha venido hoy a verme con una intención determinada?

Sí... quería decirle que en el día de hoy le retiro su defensa.

¿Le he entendido bien?

Supongo, bueno, también podemos discutir este proyecto.

Ya no es un proyecto.

Puede ser.

Pero a pesar de todo no vamos a precipitar nada.

No es precipitado, está bien pensado y tal vez con mucho tiempo, la decisión es definitiva.

Entonces permítame tan solo unas palabras. Su tío es amigo mío y con el tiempo le he tomado afecto también a usted. Lo confieso abiertamente. No tengo por qué avergonzarme.

Le agradezco su buena disposición. Sin embargo este último tiempo he llegado a la conclusión de que no ha sido suficiente su empeño en mi caso. Estoy convencido que se hace necesario intervenir con mucho más energía de lo que se ha empleado hasta ahora en este proceso.

Le comprendo. Está usted impaciente.

No estoy impaciente, dije visiblemente irritado.

A partir de cierto momento en la práctica profesional no ocurre nada sustancialmente nuevo. ¡Cuánta gente de ambas partes en litigio ha estado ahí de pie frente a mí, igual que usted, en fase parecida de los procesos, y han hablado en términos parecidos!

Entonces, esta gente de ambas partes, parecidos entre sí, ha tenido tanta razón como yo. Con esto no me contradice en absoluto.

No quería contradecirle en absoluto.

¿Qué está dispuesto a hacer en mi asunto si mantiene mi defensa?

Continuar con lo que he empezado en su favor.

Tengo razón. Ahora cualquier otra palabra está de más.

Haré todavía un intento.

Tengo la sospecha de que a usted le han inducido no solo a un juicio erróneo de mi desempeño judicial sino también a su conducta actual por el hecho de que, a pesar de ser

un acusado, lo han tratado demasiado bien, o mejor dicho, lo han tratado con negligencia, con aparente negligencia. También esto último tiene sus motivos, a menudo es mejor estar encadenado que libre. Pero me gustaría mostrarle cómo se trata a otros acusados, tal vez tenga suerte de que le sirva de lección. Voy a llamar ahora a Block. ¡Abra la puerta y siéntese aquí junto a la mesa!

¡Con mucho gusto!

¿Pero se ha enterado bien de que le retiro mi defensa?

Sí.

Pero también puede usted revocarlo hoy mismo.

El abogado pulsó el timbre y se refugió en su cama.

Casi coincidiendo con la llamada apareció Leni, noté que se tranquilizaba al verme sentado junto al abogado, sonrió con esa expresión suya desarmante. Trae a Block, dijo el abogado.

**ESCENA 34. CASA DEL ABOGADO INTERIOR. NOCHE.**

Acerqué una silla, como en el foro romano, y me apresté a observar el espectáculo grotesco que preparaba el abogado.

Leni entró casi danzando, feliz al verme cerca del abogado, seguramente supuso equivocadamente que había llegado a un acuerdo con él, y corrió a ponerse tras mío y comenzó a jugar con mis cabellos.

El muy miserable de Block acudió de inmediato a la cita, aunque durante un instante se quedó a la entrada, pensativo, parecía reflexionar sobre si debía entrar.

Finalmente Block entró de puntillas

¿Estás aquí, Block?

Para servirle.

¿Qué quieres? Vienes a deshora.

No me ha llamado.

Sí te he llamado y a pesar de todo vienes a deshora. Siempre vienes a deshora.

¿Quiere que me marche?

¡Ahora ya estás aquí, quédate!

Ayer estuve con el tercer juez, mi buen amigo, lo quiero mucho, tengo la mejor opinión de él, y poco a poco fui llevando la conversación hacia ti: ¿quieres saber qué dijo?

Oh, sí, por favor dígame qué dijo.

Block se inclinó servil ante el abogado.



*¿Qué haces?, le dijo asqueado.*

*¿Quién es tu abogado?, le interrogó cruel el abogado.*

*Vos lo sois, respondió capitulando ferozmente.*

*¿Y quién aparte de mí?*

*Nadie aparte de vos.*

*Ya no te molestaré más Block, arrodíllate, repta por el suelo, haz lo que quieras. No voy a preocuparme más por ello, le dije con ira. No puede hablar así conmigo. No está permitido. ¿Por qué me ofende?*

*Y además usted está frente al abogado donde ambos, a usted y a mí, se nos tolera por compasión. Usted no es mejor persona que yo. Usted también está acusado y tiene también un proceso, nunca lo olvide.*

Ahí está el gusano de Block arrastrándose hacia el abogado.

*Señor abogado, ¿ha oído cómo me ha tratado este hombre? Todavía pueden contarse las horas de su proceso y ya quiere darme lecciones a mí, a un hombre que lleva cinco años procesado.*

*Incluso me insulta. No sabe nada, y me insulta.*

*Ya estoy de rodillas, abogado mío.*

Noto que Leni deja de acariciarme los cabellos en forma un poco abrupta y corre hacia Block. Le toma la mano al abogado y le insta a besarla.

Inmediatamente veo al rastrero de Block que besa la mano del abogado y ante una nueva indicación de Leni, vuelve a besarla.

El abogado mantiene su silencio casi militar.

Entonces Leni se inclinó sobre el abogado, al estirarse de esa forma se hizo visible la irresistible y hermosa figura de su cuerpo, y ella le acarició con su majestuosa pericia sus cabellos blancos y se inclinó a su oído, como si le murmurase las cosas más excitantes de la vida.

*No sé si debo decírselo, dijo el abogado.*

*¿Por qué vacilas?, le dijo Leni a Block, con una deliciosa malicia.*

*¿Cómo se ha portado hoy?, preguntó el abogado con un tono que me sonó repelentemente paternal.*

Leni observó, la muy perversa, un instante a Block que se restregaba las manos como pidiendo súplicas.

Finalmente ella respondió suavemente pérfida aunque sexy:

*Estuvo tranquilo y aplicado.*

Yo no lograba comprender cómo el abogado se ganaba a sus clientes con estas patéticas representaciones baratas y cómo transformaba a sus clientes en perros del amo.

*¿Qué ha estado haciendo durante el día?*

*Lo he encerrado en el cuarto de la criada por donde suele andar normalmente. A través de la ventana he podido ver lo que hacía, estaba de rodillas leyendo los documentos que tú le pasaste. Me dio una agradable impresión. A pesar de la poca ventilación del lugar y de la casi nula luz, me demostró lo obediente que es.*

*Me alegra oír eso.*

*Pero debo anunciarle que el juez no ha hablado favorablemente sobre su proceso.*

*¿No se ha pronunciado favorablemente?, dijo Leni algo sádica.*

*¿Cómo es posible?, imploró el imbécil de Block, me daban ganas de golpearlo por lo estúpido que era.*

*No se ha pronunciado favorablemente. Incluso se sintió desagradablemente conmovido cuando comencé a hablar de Block.*

*No me hable de ese Block, me dijo furioso.*

*Es mi cliente, le dije persuasivo.*

*Deja que abusen de usted, sentenció triunfal.*

*No doy por perdido el asunto, aclaré.*

*Su proceso ni siquiera se ha iniciado, abogado, ni siquiera ha sonado la campanilla para el inicio del proceso, me dijo burlón el juez.*

*Calma, Block, le dijo el abogado, exasperado ante la angustia de su cliente, era la primera vez que el abogado le revelaba algo en serio a su cliente.*

*Cálmate, Block, no puedes tomar cada frase como si fuera tu sentencia acusatoria. ¡Me avergüenzas ante mi nuevo cliente, el señor K!*

*También le haces perder la confianza que él puede tener en mí.*

*¿Qué es lo que quieres?*

*¡Ridículo miedo!*

*Estás bajo mi protección, ¿qué más deseas? ¿Cuántos darían su vida por eso?*

*Piénsalo. Medítalo.*

*¿Qué es lo que has dicho?*

*Simplemente he repetido las palabras de un juez.*

*Sabes que las declaraciones se amontonan alrededor del proceso hasta hacerse impenetrables.*

### ESCENA 35. TRIBUNAL INTERIOR. NOCHE.

Una noche debí visitar el tribunal donde había tenido mi primer juicio y lo recorrí en el silencio de la noche. Pensé que podría encontrar algún alivio allí mismo en ese lugar donde estaba siendo aparentemente juzgado, como si fuera una iglesia o una sinagoga. Buscaba algo así como la eternidad. Una respuesta a la cuestión suprema. O un simple cambio de secuencia a los vacíos del guión de mi propia vida.

Un hombre en la penumbra surgió en el podio de honor.

*¡Josef K!*

*Tú eres Josef K.*

*Sí, dije.*

*Estás acusado.*

*Sí, me han informado de ello.*

*Entonces eres el que busco.*

En ese momento me di cuenta de la importancia del flash back y de lo crucial del racconto, todo se me entrecruzó en mi mente cuando me dijo lo siguiente:

*Soy el tercer juez de tu caso.*

*Te he mandado a llamar, para hablar contigo.*

En ese instante preciso sentí la terrible y siempre anhelada voz de mi padre.

*¿Sabes que tu proceso va mal?*

Era curioso, pero sus palabras mitigaban mi dolor, a pesar del pesimismo de sus sentencias me placía oír su voz, aterciopelada, como la de mi padre.

Que dijera lo que quisiera, lo más ruin del mundo para mí era Mahler.

*También a mí me lo parece.*

*¿Cómo te imaginas el final?*, dijo el tercer juez en un tono casi profético, era de alguna manera el tema mismo de toda mi vida, de la vida de todos, de la película que corría en paralelo conmigo desde el comienzo de esta historia, era la eternidad que venía al rescate de mi fugacidad pueril, era la frescura barroca del filme de Orson Welles y la profundidad imprevisible e irónica de la nove-

la de Kafka, **El proceso**, mientras yo vivía mi neo-proceso con sabor a vino tinto y empanadas y muy a la chilena.

*No sé cómo terminará. No sé.*

*¿Lo sabes tú?*

Esta pregunta brusca le gustó mucho al tercer juez.

*No.*

*Pero me temo que acabará mal. Se te considera culpable. Tal vez tu proceso no salga nunca de un tribunal inferior. De momento tu culpa se considera probada.*

*Pero yo no soy culpable, al menos no más que tú.*

*Es un error. ¿Cómo puedo ser la única persona culpable? Aquí todos somos personas culpables, tanto los unos como los otros.*

*Eso es cierto para los falsos culpables, pero así suelen hablar los verdaderos culpables.*

*¿También tú tienes un prejuicio contra mí?*

*No tengo ningún prejuicio contra ti.*

*Te lo agradezco.*

*Sin embargo, el resto de los que participan en el proceso judicial tienen un prejuicio.*

*Interpretas mal los hechos.*

*La sentencia no viene de repente; poco a poco, el procedimiento va transformándose en la sentencia.*

*O sea que es así.*

*¿Qué es lo próximo que vas a hacer respecto a tu proceso?*

*Aún quiero buscar ayuda.*

*Hay aún ciertas posibilidades que no he aprovechado.*

*Buscas demasiada ayuda en los demás y en especial entre las mujeres, ¿es que no te has dado cuenta de que no es ayuda de verdad?*

*Las mujeres tienen gran poder. Si pudiera inducir a algunas mujeres que conozco a trabajar conjuntamente para mí, podría triunfar. En especial con un tribunal que se compone casi exclusivamente de mujeres.*

*¿Qué mal tiempo estará haciendo allá afuera?*

*No era ya un día sombrío, era una noche oscura.*

*¿Estás enfadado conmigo?*

*¿Es que no ves más de dos pasos más allá de ti?*

*¿No vas a bajar?*

*No debo dejarme influir por nadie.*

*¿Tienes un poco de tiempo para mí?*

*Todo el tiempo que necesites.*

*Eres muy amable conmigo. Eres una verdadera excepción dentro del tribunal. Es con el único que puedo hablar francamente.*

*No te engañes.*

*¿En qué habría de engañarme?*

*Te engañas en el tribunal, en los escritos introductorios se habla de este engaño, está escrito: la comprensión adecuada de un asunto y la comprensión desacertada del mismo asunto no se excluyen completamente.*

*No estoy en absoluto de acuerdo. La mentira se constituye con ese tipo de sentencias en el orden universal por el cual todo termina rigiéndose.*

*De pronto me di cuenta de lo sentencioso y altivo de mi tono, y me atemoriqué de haberlo pronunciado ante la mirada escrutadora y complicada del tercer juez, mal que mal, de alguna manera, mi destino pendía de él.*

*¿Quieres marcharte?*

*Claro, soy ejecutivo de cuentas de un banco y debo estar en mi puesto de combate.*

*Bueno, entonces vete.*

*Pero es que no puedo orientarme solo en la oscuridad.*

*Ve hacia la izquierda hacia la pared. Luego sigue hacia lo largo de la pared, sin dejarla, y encontrarás una salida.*

*Comencé a avanzar a tientas. De pronto sentí un impulso incontrolable y grité:*

*¡Papá, por favor, espera! Te lo ruego, padre mío, espera, no te escondas bajo esa máscara de abogado o de tercer juez, eres mi padre, al que he llamado desde hace cinco años, tú eres, tú me defiendes y luego me juzgas. Padre, óyeme, escúchame, ámame, acéptame, ya no puedo más.*

*Perdón, espere tercer juez. Perdón, estoy muy cansado, y de pronto me pareció ver a mi padre. De hecho se le parece mucho. Disculpe señor tercer juez, si tiene algún dato de cómo encontrar a mi padre, dígame. No me importaría morir en la soledad de una esquina neo-liberal, pero si antes hubiese abrazado a mi padre un segundo. ¿Puedo abrazarlo a usted como si fuera mi propio padre? Es solo un segundo, es un favor inmenso que me hará y el cual no olvidaré nunca. Sé que voy a morir, usted me ha demostrado que no tiene ningún valor morir o vivir sin haber abrazado una sola vez a mi padre. Mi verdadero padre no me habla, no me escribe.*

*¿Sabe que es el dueño del banco donde trabajo y nunca lo he visto? ¿Por qué amo a ese hijo de puta? Dígame por qué soy tan débil. Me odio por amarlo. Ayúdeme, abrázame antes de morir. Y moriré en paz. Perdone señor tercer juez, pero usted me inundó de una extraña y paradójica paz. Espere, se lo ruego, se lo imploro, se lo ruego.*

*Espero, pero no lo abrazaré.*

*¿No quieres nada más de mí?*

*No.*

*Antes fuiste tan amable conmigo y me explicaste todo este horrible acertijo, y ahora me dejas como si yo no te importara nada.*

*Tienes que marcharte.*

*Bueno, sí.*

*Compréndelo.*

*Comprende primero tú quién soy.*

*Eres el tercer juez a cargo de mi proceso.*

*Por lo tanto, pertenezco al tribunal, así es que, ¿por qué tenía que querer algo de ti?*

*El tribunal no quiere nada de ti.*

*Te toma cuando llegas y te deja cuando te vas.*

*Sí, es lo que dice siempre mi padre.*

## **ESCENA FINAL.**

Cuando cumplí los treinta y un años, llegaron los dos tipos siniestros del inicio de la historia a buscarme a la salida del tribunal, ya había pasado un año desde el inicio del juicio, para esta escena había que imaginarse un lente con mucha profundidad de campo, igual que el final del filme **El proceso** de Welles. Ya no estaba alojando en el hotel. Al verlo comprendí todo, pero ya no tenía tanto miedo. Muchos morirían por las mismas estúpidas razones después de mí, de modo que todo estaba exento de épica en mi vida.

Durante un momento tuve la experiencia de haber recuperado a mi padre. ¿Qué me importaba lo otro?

*¿Así que ustedes estaban destinados a mí para el inicio y para el final?*

*Me mandan actores viejos, de segunda categoría.*

*¿En qué teatro actúan?*

*No están preparados para preguntas.*

*Se me pegaron y me obligaron a salir a la calle.*



Caminamos un largo rato por avenidas semi desiertas y tenebrosas de Plaza Italia.

Entonces me pareció que la hermosa señorita Bürnster cruzaba la calle al otro lado de la vía y comencé a perseguirla, lo que obligó a los dos siniestros sujetos a seguir mi ritmo.

La seguí durante un largo rato, la vi cruzar la calle principal con su silueta espléndida y hasta me pareció que en un momento se detuvo y se devolvió con una mirada compasiva y cruel al mismo tiempo. Nunca había sentido tanto erotismo en toda mi vida y tanta tristeza al mismo tiempo. Ahora ya no estaba tan seguro de que fuera ella, aunque sí, parecía ella.

Luego desapareció en la noche con su elegante anatomía.

Entonces los hombres siniestros me llevaron a una calle empinada y con estúpida violencia me lanzaron contra un hoyo, detrás de los escombros del Hotel Holiday Inn de Alameda frente al vanidoso Cine Alameda.

Uno de ellos acomodó mi cabeza en una piedra y comenzaron a intercambiarse una navaja inmensa que parecían estar ofreciéndome para que yo mismo hiciera el bastardo trabajo que les habían encomendado y que ellos parecían no atreverse a hacer.

De pronto, vi en el cielo una luz azul potente y devoradora que parecía dirigirse directamente a mí, y me quedé absorto disfrutando ese destello azul, intenté concentrarme en el nombre único de los mil nombres del Dios Todopoderoso para no sentir horror a la muerte, entré en un trance estático y sentí una penetración mística en varios niveles, primero la rotura de las cáscaras del ser, luego la libertad de conciencia donde podía pensar a Dios como la suma de un largo amor intelectual, y yo despojándome de mi pasado marxista y a veces anarquista y algunas veces muy recontra-burgués.

De pronto pude ver a las mujeres que amé durante este proceso de casi doce meses, la señorita Bürnster, a la que adoraré para siempre, la señora Grubach que podría haber sido mi madre pero me abandonó, a la ingrátida Leni y su sex appeal criminal, que me recordaba a la insurgente belleza de Romy Schneider y los atrevidos planos del gran despilfarrador Orson Welles, también a la erótica campesina de izquierdas más parecida a Elsa Martinelli

que a Elke Sommers, mi propia sobrina ninfómana, la señorita Montag que me puso en mi lugar, y a Elsa, que no puedo olvidar, mi amante de día domingo que abandoné por todas esas otras dominantes y espeluznantes mujeres.

La luz azul invadía mis ojos cada vez más, y entraba en mis pupilas enrojecidas y yo me enfrentaba como un místico en liquidación que salpicaba mis ojos y me entregaba una extraña y cómica placidez de último minuto, creo que me escuché orando pero en ese momento sentí un chorro de sangre muy cálido hirviendo en mi cuello, no alcancé a darme cuenta hasta algunos segundos después de que me habían degollado con el cuchillo hasta lo más profundo de mi garganta, y me dije a mí mismo y a todo el mundo que pudiera escucharme, total era lo último que se me permitió en esta vida decir, *¡Como un perro!*, y era como si la vergüenza hubiera de sobrevivirme.

Luego no sentí nada más.

Mis piernas se curvaron.

Tuve pena, no de mí sino que de mi madre, Debora, que me enseñó a leer desde los cinco años, la que me enseñó el teatro del absurdo, lo que fue ahora me parece un gran absurdo.

Tuve compasión por los que se quedaban en este mundo y deberían enfrentarse a los horrores que venían según las sagradas escrituras, los años de perdición y de sequía moral, tuve compasión por mi padre que nunca me habló pero lo perdoné, mientras me desangraba bestialmente y mi cuerpo se cubría de sangre roja, muy roja.

Tuve piedad por todos los que se desangran por arrimarse a los asquerosos coágulos del poder, tuve compasión por todos los que toman la degradación moral como un tótem de la modernidad, tuve misericordia de las personas que piensan que el poder es algo importante cuando no es sino fruto de la cobardía, está demás decir que todo ahora me parecía cómico y fastidioso y también irritante, incluido mis propios y lamentables monólogos.

Perdoné a mis verdugos, ¿quiénes eran esos pobres tipos?

Naturalmente era una presunción barata suponer que todo terminaría así tan puerilmente.

Luego ambos me echaron sobre sus hombros, y al más estilo impostado CNI me transportaron a la piscina del Hotel Holiday Inn, eran las cuatro de la madrugada,

no había nadie por allí, me amarraron a una piedra muy pesada, y para hacerme desaparecer, asunto en los que eran diestros y expertos, me ubicaron al borde de la piscina, y como siempre, esperando que el destino hiciera ese sucio trabajo al cual tenían la obligación de mirar de frente.

Eran unos asesinos, nada más, los *autores* de mi propio crimen.

Pensé en aquella frase que dice que la obra sobrepasa a los autores.

También recordé a esa otra que dice que no había obras, solo autores.

Intentar ponerle épica al fin de mis días era patético.

Ellos no eran más que pequeños reaccionarios, como casi todo el mundo, yo en la primera fila.

Lo que no me gustaba era la estética de mi final que se alejaba de la grandeza del filme de Welles y comenzaba a recordar la miseria de los filmes del sobrevalorado Jean Negulesco.

¡No, no, definitivamente no, no quería morir como en un plano del impostado Negulesco, merecía algo mejor!

Pero claro, yo tenía el perfil del gran *loser*, al decir de Nicholas Ray.

Al menos acabar los días como en un filme superficial pero hechizante del artesanal Ray.

Todos estos pensamientos eran ciertamente muy autodestructivos.

Recordé otra gran frase: *la clave está en el malentendido*.

Una manera imperial de solucionar los abismos y los puntos de fuga del pésimo guión de mi propia vida.

Fue entonces que recordé que tenía un hijo de cinco años, del que les he hablado poco durante la obra seguramente porque al final el narciso número uno soy yo, y por eso siento que me merezco todo el castigo del mundo, producto de mi relación con Elsa, la prostituta. En ese momento intenté rebelarme contra la muerte con aquella inteligencia teatral aprendida con el pasar de los años, pensando en mi pequeño Isaac. Pero era tarde, muy pronto perdí el equilibrio y caí al agua empujado por esa piedra atada a mi cuello, que además terminó por estrangularme.

Alcancé a ver a través del agua al par de tipos siniestros que ahora me parecían más bien dos niños solos y angustiados, y recé por ellos.

Estaba contento, mi proceso había terminado.

De la mejor manera posible.

Desaparecía en la noche santiaguina.

Era uno más de los desaparecidos de Chile.

Una casta de honor.

Ahora me iba directo a encontrarme con el gran Cabalista.

Y me reía pensando cómo dejaba a todos esos pobres seres humanos padeciendo las elecciones presidenciales chilenas, las disputas por las AFP, las fluctuaciones de la bolsa, las alianzas políticas, la majadería del chileno, el atormentado teatro nacional, la incipiente industria y el ambivalente mundo científico.

Todo entra en una forma refractaria, como llena de encuadres agresivos donde no hay jerarquía posible, donde hay un verdadero culto estético a la personalidad, ahora abduco a mi rol principal, odio el gusto por el cálculo.

Veo ese travelling lateral de los falsos culpables, veo todo en contrapicado, en un eje imposible, como en un vertiginoso calidoscopio, mi vida como basada en un filme inmenso y errático del implacable Orson Welles, mi vida hasta el último plano, hasta la última página del travieso Kafka, me siento humillado, ofendido, pero todo lo acepto, me han hecho dudar hasta de mi propio lenguaje, ahora el travelling es lateral, la película de mi vida cambia radicalmente, la transferencia de culpabilidades de la que hablaba Hitchcok.

Esta falsa culpabilidad que me pesa más que si fuera verdadera, camino hacia la cámara, solo, donde se articula el triste relato de mi final, qué procedimiento más curioso, constatando el gusto por las superficies.

Y esperar que otro tome mi relato.

Descansar de Chile era un gran premio después de haber intentado comprender el origen de mi proceso, que el tercer juez me mitigó todo dolor al decirme que la comprensión o incomprensión del caso me llevarían a la misma solución.

Ahora moría.

Ahora me despedía de todos.

Ahora supe que había amado a esas mujeres, pero era tarde.

Ahora supe que mi hijo me extrañaría, pero era tarde.

Ahora supe que mi padre nunca me perdonó por ser quien era, pero era tarde para cualquier tipo de arreglo.

Desaparecí junto con los miles de desaparecidos chilenos.

Ahora les dejo la historia a ustedes.

Ahora les dejo los créditos de esta película, de esta novela, de esta obra teatral, de este reportaje en la segunda franja nocturna de TVN con meritorio rating.

### EPÍLOGO.

*Era el mes de junio del 2006 y Josef K no volvió a aparecer en el banco.*

*La señorita Bürnster interpuso un recurso de amparo, la señorita Leni llevó el caso a la Justicia Ordinaria, la sobrina de Josef K golpeó todas las puertas para conocer el destino de su tío, yo, Esther Grubach, hice una caminata de un año a través de Chile reclamando por Josef K como si fuera*

*mi propio hijo, con su traviesa aunque triste foto en mi solapa, y nunca fue habido.*

*Se declaró que había huido, que había abandonado sus obligaciones frente a la ley, que posiblemente había estafado al banco, al Estado, a la banca privada, a su propio padre.*

*Su padre no lo mencionó nunca más, si es que alguna vez lo mencionó.*

*Años más tarde su hijo Isaac K llegaría a Presidente de Chile.*

*Pero lo único que lo animaba era la ira y la venganza.*

*Aunque había conquistado a todo un país con su sonrisa banal y letal.*

*Una vez en la Presidencia iba a contar toda la verdad sobre su padre.*

*Pero prefirió echar tierra sobre el asunto y se aferró a los coágulos del poder.*

*Y logró el amor del padre de K, su abuelo.*

*De alguna manera había logrado una especie de despreciable aunque muy tragicómica venganza sin falsa vergüenza. ●*

**El neo-proceso**, de B. Galemiri. TEUC 2006.

Dirección: Paly García. En escena: Luis Dubó, M. Paz Grandjean, Rodolfo Pulgar y Marcial Tagle.

